

Robinson coto Rozas

Una Realidad Distinta



UNA REALIDAD DISTINTA

Robinson coto Rozas

Ricardo

Aún era de noche. Despertó lenta y naturalmente, sus párpados se abrieron y volvieron a cerrarse un par de veces antes de incorporarse por completo. Un agradable aroma inundaba el dormitorio, era algo diferente. Trató de mirar el reloj pero, su vista todavía era algo borrosa debido a la somnolencia, solo notó que la manija pequeña estaba cerca del cinco.

Cuando se volteó para acomodarse, la sorpresa fue tan grande que le espantó el sueño por completo. Quiso gritar pero no fue capaz de hacerlo. Se puso de pie al lado de la cama y notó lo que antes no había notado. Encendió la luz para verificarlo.

— ¿Qué pasó? —Preguntó ella—. Acuéstate, sigue durmiendo.

Ricardo no reconocía a aquella mujer que dormía junto a él en la cama, tampoco reconocía esa cama, ni siquiera reconocía la lámpara que encendió dos minutos atrás.

—Solo necesito beber agua —repuso algo confundido.

—Bueno, pero apaga la luz —dijo ella, tapándose con la sábana.

Sin lugar a dudas esa era su casa o al menos la construcción era exactamente igual. Caminó hasta la cocina, tomó un vaso y se sirvió agua de la llave. Aunque en realidad no tenía sed, bebió un poco y mientras lo hacía pensó que todo debía ser un sueño, un sueño que parecía muy real, como tantos que había tenido a lo largo de su vida.

Volvió a la habitación, intentando no hacer ruido. Había decidido dormir y esperaba que al amanecer todo fuera parte de un sueño extraño.

Se metió lentamente en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, en ese momento su compañera dio la vuelta y lo abrazó, sus suaves brazos rodearon su pecho, acurrucándose hacia él. Abrió los ojos y la miró, pasó su brazo derecho por debajo de su cuello y acarició su espalda con la palma de su mano. Fue entonces cuando supo que nada de eso era un sueño, que era la realidad. Una realidad distinta a la que había antes de irse a la cama. Una realidad distinta a la que habría al amanecer.

Maximiliano

El 16 de octubre de ese año recibí un mensaje en mi consulta que me llamó la atención. Yo llevaba bastante tiempo ejerciendo mi profesión y era bien conocido en el mundo de la sicología, por lo menos en mi ciudad de residencia y dentro de la comunidad académica de mi país. Hasta ese momento no tenía conocimiento de ser una personalidad conocida en el extranjero.

Mi secretaria, algo emocionada, me llamó por teléfono, indicándome que una persona con acento anglosajón, y que llamaba desde el exterior, necesitaba comunicarse conmigo de manera urgente.

Me dirigí hacia mi oficina a eso del mediodía y le pedí a mi secretaria que me entregara los datos de la persona que había estado buscándome. Se trataba de la renombrada psiquiatra y psicóloga inglesa Erín Smith, reconocida por sus investigaciones del comportamiento infantil.

El mensaje que había dejado decía:

“He leído su tesis acerca del ‘Estado de Fuga’ y me gustaría compartir con usted el caso de un paciente. Espero su llamado.”

El 25 de octubre inicié mi viaje hacia Londres. La universidad de Erín Smith me había ofrecido pagar todos los gastos de mi estadía, así como los gastos de transporte.

Me hospedaron en el Andaz Liverpool Street London Hotel, donde mientras disfrutaba un buen café, leía los apuntes del caso de Maximiliano, que me había facilitado la doctora Smith.

“El 22 de agosto los padres de Maximiliano Jackson se presentaron en la universidad, buscando ayuda psiquiátrica y/o psicológica para su hijo, parecían muy consternados con el asunto.”

Maximiliano, de 2 años y tres meses de edad, había empezado a comportarse de manera extraña sin una razón aparente.

El 20 de agosto fue a la fiesta de cumpleaños de su primo, donde todo el mundo quería acariciarlo y estar con él. Se comportó de manera normal y llegó dormido a la casa. Se había cansado mucho con tanto ajetreo.

Ese fue el último día que sus padres vieron a Maximiliano ‘normal’.

El niño estaba aprendiendo a hablar, ya pronunciaba bien varias palabras e incluso se podía conversar con él, aunque balbuceaba la mitad de lo que intentaba decir.

A la mañana siguiente, cuando los padres de Maximiliano despertaron, notaron que el niño estaba en su cuna, despierto, con los ojos bien abiertos, con una expresión rara en el rostro. La madre lo tomó en sus brazos, pero el niño no reaccionó bien.

Intentaba hablar, pero ningún sonido hacía sentido para el oído de los padres (que solo hablaban inglés).

Durante esos dos días los padres intentaron de todo, pero su hijo no respondía a ellos, ya no los llamaba papá y mamá y los miraba con desconfianza. Algo en sus ojos mostraba desorientación”.

Al día siguiente me entrevisté con los padres de Maximiliano antes de verlo a él, parecían consternados al no entender que sucedía con su hijo. Me contaron básicamente lo mismo que había leído en los apuntes de la doctora Smith. Entonces, entramos en la habitación en que estaba Maximiliano y les pedí que me dejaran solo con él.

—Hola bebé —le dije con voz suave y saludando con la mano.

El niño se volteó al oír mi voz, me miró con curiosidad y contestó.

—Привет[1] —pronunciando con desinterés.

Fue en ese momento que entendí por qué los padres de Maximiliano no

entendían lo que el niño quería decir.

En mi época de universidad, tuve un compañero de habitación de nacionalidad Rusa, mientras hacíamos una pasantía en Alemania. Su nombre era Vladimir Stolichnov. Al principio nos comunicábamos solo en inglés, pero a mí me llamaba la atención el ruso, debido a su alfabeto distinto y el arrastre de sus letras al hablarlo con fluidez. Fue entonces que decidimos enseñarnos el uno al otro, un poco de nuestro idioma natal.

—Как дела?[2] —Le dije, tratando de buscar las palabras.

—Где моя мама? Почему я здесь?[3]

Tardé un momento en comprender la frase completa, nunca fue mi fuerte el ruso y hacía mucho tiempo que no lo escuchaba.

—Вы говорите России?[4] —Dije con extrema sorpresa.

Salí de la habitación y me quedé congelado durante unos cuantos minutos. Esto no podía ser un Estado de Fuga, era completamente imposible. ¿Cómo ese niño de dos años podía estar hablando ruso de un momento a otro? Pensé entonces que me había equivocado. ¿Fueron balbuceos y yo los confundí con mi recuerdo de aquel idioma Eslavo oriental que irregularmente practiqué en mi juventud?

Volví a la habitación y miré a los ojos a Maximiliano.

—Do you understand what I'm telling you? —Le dije despacio y con voz amable, pero no hubo reacción en él. Simplemente no entendía lo que le estaba diciendo.

—Вы теперь понимаете?[5] —Pronuncié lenta y fríamente, sin saber si lo hacía bien.

—Да[6] —me dijo—. Почему все говорят так сильно отличаются?[7]

—Pero no pude notar si esta última frase era balbuceo o decía algo con sentido.

Emilia

Hace dos años un accidente la había dejado casi completamente sorda del oído izquierdo. Sin embargo, la mañana del 21 de agosto fue un ruido lo que la despertó. Abrió suavemente los ojos, la luz del sol llenaba ya toda la ventana de su cuarto. Se estiró un poco para ganar fuerzas y con un toque de pereza bajó los pies de la cama y se sentó. Se echó un gran bostezo, con la mano izquierda se corrió el pelo de la cara y lo puso detrás de su oreja. Fue entonces cuando lo notó. Aquel ruido que solo siente uno mismo al frotarse la piel aparecía mágicamente otra vez. No lo podía creer.

Rápidamente corrió hacia la habitación de su madre para darle la noticia, pero la sorpresa que tuvo al llegar fue diez mil veces mayor a la que había sentido al notar que su oído funcionaba bien nuevamente.

Se quedó paralizada en la puerta de, la que hasta el día anterior era, la habitación de su madre y que ahora estaba llena de cachivaches apilados uno sobre otro.

Caminó hacia la puerta de salida, como en una reacción natural por entender qué estaba pasando, salió hasta el antejardín y vio un equipo de trabajo que retiraba escombros de la casa de enfrente, que al parecer se había quemado hace un par de días. No recordaba que hubiera sucedido eso, pero por lo demás el barrio se veía normal.

Se dio cuenta que estaba semidesnuda y se volvió a meter a la casa. Encendió el computador de la sala para verificar la fecha y mientras esperaba que encendiera, el sonido del teléfono la hizo saltar del susto. Corrió rápidamente a contestar.

— ¿Aló? —Dijo con tono inquieto.

—Hola Emilia. ¿Cómo estamos para más rato?

— ¿Con quién hablo?

—Con Laura, ¿qué te ocurre, Emilia?

— ¡Laurita! —Dijo con voz de alivio—. Algo súper raro está pasando, no entiendo nada.

— ¿Qué te pasó?

—La mamá no está y su pieza está llena de cosas.

—Emilia, ¿de qué estás hablando?

En ese momento una lágrima corrió por su mejilla derecha.

— ¿Puedes venir por favor? —Dijo sollozando—. La casa de enfrente se quemó...

—Voy para allá, no te preocupes. Quédate tranquila.

Se quedó sentada en la silla del computador mirando la pantalla, tocándose la oreja. No comprendía que estaba ocurriendo, donde estaba su madre, qué le habría pasado para dejarla así.

No supo si habían sido horas, minutos o segundos, cuando sonó la puerta. Se había sumergido en sus pensamientos, tratando de comprender lo que estaba sucediendo. La noche anterior, según sus recuerdos, se había ido a la cama a eso de las 23:00, después de pasar un largo rato frente al PC. Le había dado un beso a su madre y había estado enviándose mensajes con su novio, que en ese momento se encontraba fuera del País. No entendía cómo en menos de diez horas había cambiado todo, su madre no estaba, su oído funcionaba y la casa de enfrente estaba en cenizas.

En el momento en que Laura entró en la casa, Emilia no pudo contener las lágrimas y se abalanzó a los brazos de su hermana.

— ¿Qué pasó monita? —Preguntó Laura con tono consolador.

—La mamá no está, mira su pieza.

Laura tomó suavemente de las mejillas a su hermana, la miró a los ojos y le

dijo muy apaciblemente:

—Emilita, la mamá hace dos años que murió.

El rostro de Emilia se desfiguró y se deshizo en un llanto terrible, el cual su hermana no comprendía.

—Pero Emilia, ¿qué pasa?

—No entiendo nada —dijo entre escabrosos sollozos.

Laura fue hacia la cocina en busca de un vaso de agua, desconcertada por la actitud de su hermana. Cuando volvió con el agua, Emilia se estaba tocando la oreja izquierda.

—Ya, ¿estás mejor? —Preguntó Laura con voz calmada—. ¿Qué te pasó en la oreja?

—Puedo escuchar —contestó sonriendo.

— ¿Qué quieres decir? —Dijo Laura confundida.

El rostro de Emilia volvió a descomponerse.

—Cuéntame qué está pasando Laura, por favor —dijo mientras se acurrucaba en el sillón—, porque no entiendo nada.

—Dímelo tú —le dijo mientras le acariciaba el pelo.

—Laura, lo único que recuerdo es que anoche le di un beso a la mamá antes de irme a la cama, incluso conversamos un poco. Hoy día me desperté y mi oído funcionaba, puedo escuchar. Quise ir a contárselo y me encuentro con esas cajas en lugar de ella...

— ¿Qué quieres decir con eso del oído? —Interrumpió Laura.

— ¿Cómo?

— ¿Cuándo dejaste de escuchar con ese oído?

—Laura, el accidente de hace dos años.

Ricardo

El día llegó lentamente. No pudo volverse a dormir y a medida que la luz del día iba incrementándose, fue descubriendo cada uno de los objetos que decoraban el dormitorio, algunas cosas de las que había no eran conocidas para sus ojos, pero notó que la mayoría seguían siendo las suyas. El closet de la esquina, la mesa del computador, los discos de música amontonados en el baúl, todos seguían ahí. Sin embargo, las lámparas, las cortinas, la misma cama en que ahora se encontraba, todo eso era distinto.

El reloj digital sonó a las 6:30, su acompañante lo apagó sacando un brazo de entre las sábanas y, haciendo una leve pausa se levantó de golpe, miró a Ricardo con ojos de sueño y lo besó en los labios, tiernamente.

— ¡Estás despierto! —Le dijo con sorpresa.

—Si —contestó Ricardo, mientras la miraba anonadado.

— ¿Te veo en la tarde?

— ¿Te vas a ir?

—Tengo que trabajar.

Se levantó de la cama, dejando ver su cuerpo desnudo a los ojos de Ricardo. Caminó hacia el baño, abrió la puerta, pero antes de entrar se detuvo.

— ¿Me acompañas? —Le preguntó con tono insinuante.

—Creo que me quedaré un rato más en la cama.

Ella le sacó la lengua, en un gesto burlesco de desaprobación y, metiéndose a la ducha le dijo:

—Tú te lo pierdes.

Rápidamente Ricardo se levantó y trató de buscar entre las cosas de ella

alguna pista de su nombre o de quién era. Encontró el celular, en el cual se veía una foto de ambos besándose en la playa, ingresó al menú y encontró unos mensajes que por remitente llevaban el nombre de Ricardito. Eran del día anterior.

“—Hola bonita, ¿te vienes a mi casa hoy?”

—Depende...

— ¿De qué depende?

—De qué me vayas a hacer”

Se dio cuenta entonces de que si esos mensajes los había enviado él, debían estar también en su teléfono.

Sintió que la ducha se cerró. Se apresuró entonces a meterse a la cama y tomó su teléfono que estaba en el velador. Abrió la aplicación de mensajes y encontró los mismos mensajes que había visto en el teléfono de ella, pero la tenía guardada como contacto bajo el nombre de “bonita”.

Salió ella del baño envuelta en una toalla y le dijo:

— ¿Qué ves? —Aludiendo a que miraba algo en el celular.

—Nada —contestó algo nervioso—. Solo veo que hay de noticias.

Ella se quitó la toalla sin pudor alguno y se vistió rápidamente, parecía ser que esta rutina le era algo habitual.

—Te llamo más tarde —le dijo después de darle un beso y se fue.

—Chao, bonita —le contestó Ricardo. Ella lo miró con una sonrisa.

Era domingo, domingo 21 de agosto de 2011 según internet, la televisión y los diarios. Sin duda la fecha era correcta, ¿pero cómo era posible que todo hubiera cambiado?

Se levantó, poniéndose la ropa que encontró a los pies de la cama, seguramente la que había usado el día anterior, y se metió al computador a revisar si quizás podría encontrar alguna explicación. Miró en su cuenta de Facebook y al parecer, llevaba un tiempo ya con “Bonita”, porque había incontables fotos con ella en distintos lugares.

Revisó la casa entera, la mayor parte de las cosas estaban en orden, pero muchas otras no las reconocía, sentía que no le pertenecían.

Llamó por teléfono a sus padres, a su hermano y a unos amigos, seguían siendo los mismos, mismos teléfonos, mismos nombres, eso no había cambiado. ¿Pero quién era “Bonita”? ¿De dónde salió? ¿Y cómo es que no sabía su nombre? Se lo preguntó una y otra vez.

El día estaba soleado, no hacía calor pero tampoco frío. Se puso una chaqueta y salió. El vecindario parecía tal cual, no se veía diferencias aunque las buscaba. Entonces creyó estar quizás en un estado de amnesia.

— ¡Claro! ¿Cómo no lo pensé antes? —Se dijo a sí mismo.

—Debo ir a ver un doctor, el me podrá explicar esto —pensaba en voz alta.

Llevaba poco más de una hora caminando cuando le sonó el celular. Tardó un momento en contestar.

— ¡Aló!

— ¡Hola, hola! —Sonó al otro lado con un acento extraño.

— ¿Quién... quién habla? —Titubeó Ricardo.

—No te hagas el chistoso, necesito mi plata.

—Perdón, no sé —dijo sin entender nada.

—Dijiste que la tendrías ayer, no me hagas ir a buscarte.

En ese momento la persona que llamó cortó el teléfono. Ricardo no entendía nada, no sabía a quién acudir, no sabía qué hacer.

Se sentó en un escaño de una plaza, tomándose la cabeza, intentando pensar. De un momento a otro ya no sabía quién era, con quién andaba metido ni a quién recurrir.

Guardó el celular en el bolsillo de la chaqueta y sintió un objeto dentro, estaba algo enredado. Lo sacó cuidadosamente. Era una llave, una antigua llave pequeña que decía “ODD Safety”. No pudo reconocerla de inmediato, pero el grabado le parecía familiar.

Se fue corriendo a la casa, sin pensarlo mucho, buscó una maleta y comenzó a guardar lo necesario. La persona que lo llamó dijo que iría a por él, no podía quedarse ahí mucho tiempo. Abrió el clóset, buscando algo de ropa para llevarse y encontró una antigua caja fuerte metálica con la inscripción “ODD Safety” en los costados.

Tomó la pesada caja y la llevó hasta la sala para tener más espacio. Buscó la llave en la chaqueta, calzaba perfecto. Fue entonces que recordó aquella caja, pero por qué la tenía él. Esa caja fuerte pertenecía a su abuelo, el cual nunca había querido heredarla. Sin embargo, ahora la tenía él.

La abrió con extremo cuidado y dentro encontró una bolsa de basura negra, llena de fajos de billetes. No podía creerlo. Volvió a echar un vistazo dentro de la caja y en el costado izquierdo, envuelta en un paño de fibra, había un arma de fuego, una pistola automática CZ 75, calibre 9mm.

El susto al verla lo espantó, llevándole a retroceder hasta chocar con la pared.

El ruido del motor de un auto interrumpió la escena. Despabiló y cerró la caja. Se levantó y la tomó para esconderla, pero no alcanzó a llegar a la habitación cuando sonó el timbre. La metió en la pieza y cerró la puerta.

— ¡Richy! —Gritaron desde fuera.

Maximiliano

Le pedí una reunión a solas a la doctora Smith para poder contarle lo que había sucedido mientras estuve con Maximiliano. Me preguntó si ya había notado que él bebé estaba hablando otro idioma y le contesté que sí.

Quedamos entonces de juntarnos en Monmouth Coffee una vez de que terminara sus consultas.

Durante el resto de la mañana intenté establecer alguna hipótesis con respecto a Maximiliano, pero no lograba unir cabos. ¿Qué podría causarle tal tipo de trauma a un niño tan pequeño? Aunque hasta donde llegaba mi conocimiento, no existe trauma que pueda dejarte hablando otro idioma sin haberlo, al menos, conocido y hablado antes.

¿Cuál sería el camino que deberíamos seguir para entender lo que estaba sucediendo? En lo que se refiere a mi experiencia como psicólogo, abocado a mis investigaciones sobre el estado de fuga; Este puede manifestarse por distintos motivos, a distintas edades y en porciones graduales, yendo desde casos donde el paciente presenta una incapacidad para recordar un evento de su vida en específico, hasta situaciones extremas en que la persona se desconoce a sí mismo y a su entorno, llegando incluso a comenzar vidas nuevas bajo nuevas personalidades.

A las cinco de la tarde nos encontramos en el Monmouth Coffee.

— ¿Pudo notar cuál es el idioma que está hablando el niño? —Me preguntó de inmediato.

—Es ruso —le respondí sin vacilaciones.

— ¿Tiene alguna idea de cuál podría ser la causa?

—Para serle franco, estoy tan consternado como usted. Intercambié un par de frases con el chico y él no entiende por qué lo han traído aquí. Ni siquiera conoce a quien dice ser su madre.

— ¿Habla usted el ruso Sr. Martin? —Me preguntó sorprendida.

—No mucho —le contesté muy serio—, pero lo suficiente para hacerme entender. Dígame una cosa —le dije muy compuesto—. ¿Conoce bien a los padres de Maximiliano?

— ¿Qué es lo que intenta decirme?

—Verá, sinceramente no creo que el niño esté atravesando ningún trastorno psicológico y después de haber examinado al muchacho, la historia que cuentan sus supuestos padres me parece cada vez menos creíble.

Se quedó mirándome inquisitivamente pero con un grado de asentimiento también.

Al volver al Hotel, el recepcionista me informó que había una persona esperando verme. Me sorprendí, ya que no tenía amigos en Londres ni le había comentado a nadie acerca de mi estadía en este Hotel.

—El señor lo espera en el Hall.

—Gracias.

Me acerqué lentamente, era la única persona en el Hall a esa hora y estaba sentado de tal manera que daba la espalda a la entrada, por lo que no podía ver su rostro.

—Good Evening[8] —dije en inglés, ya que no sabía si quien me esperaba hablaba español.

Rápidamente se levantó de la silla y se volteó hacia mí. Era un hombre alto, un tanto mayor que yo, que no se me hacía para nada conocido.

— ¿Dr. Martin? —Me preguntó al momento de estrecharme la mano.

—Yes, but don't call me Doctor.[9]

—Veo que no me recordáis —dijo mientras sacudía mi mano.

Vacilé un instante, intentando atraer recuerdos a mi cabeza para compararlos con ese rostro.

—Vladimir —finalmente exclamó—, Vladimir Stolichnov. ¿No recordáis a tu viejo amigo?

La sorpresa fue inmensa.

Nos saludamos con el afecto y el entusiasmo que lo hacen dos viejos amigos que no se ven hace un largo tiempo.

— ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Bueno, no se me hizo muy difícil.

—Veo que has mejorado bastante tu español.

—Bueno, he estado viviendo un tiempo en España, no he tenido de otra.

Nos dimos un fuerte abrazo y lo invité a que pasáramos al bar a tomar algo, para que pudiéramos charlar tranquilamente y ponernos al día.

—Cuéntame —le pregunté confundido—, ¿cómo supiste que estaba aquí?

—Bueno, ambos estamos por la misma razón.

— ¿Qué quieres decir?

—Has venido por Maximiliano, ¿verdad? Pues yo también —me dijo esbozando una leve sonrisa—. La Dra. Smith me ha contactado para que la apoye con este caso tan particular.

— ¡Ya veo! —Exclame confundido—. ¿Y qué opinión te merece? —Le pregunté.

—Bueno, he llegado esta mañana, aún no he tenido la oportunidad de entrevistarme con el chaval ni con sus padres y por los apuntes de la doctora, sinceramente creo que nunca he visto algo igual. Aunque, es verdad también que esta no es mi especialidad.

— ¿En qué te especializaste finalmente, Vladimir?

—Bueno, los últimos diez años me he dedicado casi por completo a la Psiquiatría Geriátrica. Por lo cual, verás, que no es mi área. Pero, la doctora me ha llamado, ya que según entiendo, el niño ha hecho algunos sonidos muy similares a lo que podrían ser palabras en ruso. Es un caso extraño, sin duda extraño. ¿Tú ya has podido verlo?

—Efectivamente, e incluso intercambié un par de frases con él.

— Y bueno, ¿qué opináis tú?

—Este no es un caso psiquiátrico Vladimir —le dije con extrema seriedad—. No hay manera, según mi experiencia, que esto sea posible. Le hice preguntas en inglés y el niño ni siquiera distingue palabras. Con algo de lo que recuerdo del ruso lo interrogué y me entendió perfectamente.

Al día siguiente Vladimir se entrevistó con los padres de Maximiliano y estuvo un largo rato a solas con el niño. Mientras eso sucedía, yo traté de ahondar en las apreciaciones de la doctora Smith.

— ¿Qué es lo que tenemos? —Le dije.

—Yo esperaba que usted me diera esa respuesta —me respondió sonriendo.

—Me refiero —agregué—, a si ha podido averiguar algo más acerca de los padres de Maximiliano y del historial del niño. ¿Dónde nació? ¿Situación del embarazo? Cosas así.

Me miró fijamente a los ojos y tardó un segundo en responder.

—El departamento de Seguridad Social está recabando los datos. Además, tenemos que esperar a ver qué nos dice el Sr. Stolichnov.

—Claro —respondí.

— ¿Cuáles son sus sospechas Sr. Martin? —Me dijo como, intentando ir al grano.

—Se me hace difícil creer que Maximiliano despertó hablando otro idioma de un día para otro. Quizás en su familia hay alguien que hable esta lengua y de esa manera podamos explicar la situación. Hay otras hipótesis, pero al igual que usted, prefiero reservármelas por ahora, hasta ver qué conclusiones obtiene mi colega.

—Es una situación complicada. Por una parte concuerdo con usted en que es todo demasiado extraño, pero por otro lado veo tan afligidos a los padres de Maximiliano, que me cuesta desconfiar de ellos.

Me levanté de la silla para retirarme de la oficina cuando el Dr. Stolichnov tocó la puerta.

— ¡Adelante! —Dijo la doctora, haciendo un gesto con la mano.

Vladimir tenía una extraña expresión en su rostro, lo noté un poco complicado, como sin saber por dónde empezar.

—Bueno, ¿qué nos puede decir doctor? —Preguntó la Dra. Smith.

—Me temo que la situación es mucho más compleja de lo que me esperaba.

En ese momento tocaron la puerta de la oficina de la Dra. Smith, era un chico vestido de tenida casi formal, un chico de no más de 20 años que trabajaba como administrativo en la clínica de la universidad. Golpeó dos veces, de manera muy rápida, la puerta y entró.

—Dra. Smith, la necesitan en psiquiatría de manera urgente —dijo el muchacho con apremio.

— ¿Qué pasó? —Preguntó la doctora.

—Maximiliano desapareció. Sus padres entraron a verlo y no lo encontraron.

Emilia

Laura llevó a Emilia a su casa. No entendía que sucedía, al parecer Emilia había olvidado todo lo ocurrido desde hace dos años, al menos eso le parecía a Laura. Así que mientras conducían de camino intentó obtener algo más de información.

— ¿Puedes contarme que recuerdas? —Preguntó Laura.

—Ya te lo dije —repuso Emilia con voz desganada.

—Me refiero a las fechas, ¿sabes qué fecha es hoy verdad? —Emilia miró a Laura un instante—. Lo de tu accidente, ¿puedes contarme?

—En el 2009, estábamos de paseo. Habíamos arrendado unas bicicletas y recorríamos la ciudad. Choqué con un camión de la basura y me arrastré por 6 o siete metros, debido a las lesiones en mi cabeza se me diagnosticó sordera temporal en el oído izquierdo. Supuestamente iba a ir recobrando la audición paulatinamente, pero hasta ayer no escuchaba prácticamente nada.

— ¿Con quién andabas ese día? —Le preguntó.

—Con mi novio.

Laura miraba sin entender nada. ¿Cuándo había ocurrido eso? Ella recordaba perfectamente que hace dos años estaban preparando la fiesta de su matrimonio. Emilia llevaba dos años de universidad y no tenía novio.

Llegaron a la casa de Laura. Emilia se dio un baño y se acostó a dormir una pequeña siesta, a ver si con eso se sentía mejor. Laura le había dado un calmante, esperando que al despertar las cosas mejoraran.

Pasaron un par de horas, Emilia se sumió en un sueño profundo y soñó lo siguiente:

Había un niño que lloraba, lo escuchaba, pero no podía encontrarlo con la

mirada. Se veía a sí misma en medio de un largo camino, muchas casas antiguas, construidas una al lado de otra, bordeaban la calle. Había sol pero no hacía calor. Sus pies estaban descalzos y podía sentir las piedras en la planta. Mientras caminaba el llanto del niño parecía acercarse. De repente, creyó saber de dónde venía y comenzó a seguirlo pero sin conseguir encontrarlo, corrió durante un rato y cuando creyó finalmente alcanzarlo el llanto cesó. Intentó gritar, llamar al niño, ¿dónde estás? Pero las palabras no podían salir de su boca. El cielo se nubló y comenzó a llover. Alguien la tomó por detrás, era un niño, al cual por alguna razón no podía verle el rostro.

— ¿Eras tú quién lloraba? —Le dijo.

—Tu hermana —pronunció lentamente el niño.

— ¿Laura? —Preguntó Emilia con voz muy calmada.

—Ella no te cree, no le cuentes nada. No le cuentes de mí.

En ese momento el niño salió corriendo, pero Emilia no pudo moverse. Miró sus pies y estos se habían enraizado. La angustia la sofocó y dando un grito abrió los ojos y despertó.

Se encontraba en la habitación de huéspedes, en la casa de Laura. No tuvo noción del tiempo mientras durmió. El sueño le dejó un gusto amargo. Se sentó en la cama y miró por la ventana. La enorme piscina le recordó el verano anterior. Su hermana se había casado hacía poco y siempre la invitaban a nadar por la tarde.

Bajó las escaleras despacio, buscando a Laura. Al llegar a la cocina oyó voces que hablaban en voz baja, era Laura y Héctor, su cuñado.

—Creo que deberíamos llevarla a un Hospital —decía Héctor—, esto no es normal.

—No lo sé —respondió Laura—, quizás es estrés por la tesis y esas cosas.

—Esperemos que sea así, pero es mejor estar seguros.

—Hola —interrumpió Emilia, entrando de improviso a la cocina.

— ¿Cómo te sientes? —Le preguntó Laura.

—Mejor. ¿Cómo estás cuñado? —Saludó a Héctor disimulando sentirse bien. Héctor la besó en la mejilla y le dio un abrazo.

— ¿Te sientes mejor? Supe que estuviste un poquito rara en la mañana.

—Sí, pero ya estoy mejor. Debe ser el estrés —Repuso sonriendo forzadamente—. Creo que me iré a la casa, tengo algunas cosas que hacer.

— ¿No vamos a ir a ver el vestido? —Preguntó Laura.

— ¿Qué vestido? —Contestó Emilia.

—Habíamos quedado de ir a ver el vestido que usarías para la defensa de tu tesis.

—Ah, si —contestó Emilia, disimulando su sorpresa—. ¿Te parece si vamos mañana mejor? Debo hacer algunas cosas ahora.

— ¿Segura que estás bien? —Preguntó Laura muy preocupada, mientras le acariciaba la mejilla.

—Sí, lo de la mañana debe haber sido que dormí mal anoche y aún estaba media dormida. Una laguna mental, donde he estudiado tanto estos días.

—Ok, pero cualquier cosa que necesites nos avisas. Te llamaré más tarde.

Salió y caminó hasta la parada del bus, detrás de ella salió su cuñado.

—Emilia —le gritó—, ven yo te llevo.

El camino a casa fue silencioso, Héctor trató de conversar de algo, pero Emilia solo contestó con monosílabos. La dejó en la puerta y se fue, no sin antes recordarle que si necesitaba algo los llamara inmediatamente.

Emilia se metió en la habitación que era de su madre, intentando buscar respuestas a su desorientación. Encontró un par de álbumes de fotos, cosas

varias, pero nada muy sustancial, nada que le ayudara a recordar este nuevo mundo.

Buscó entonces en su dormitorio, los cuadernos, el computador estaba repleto de apuntes y tareas de la universidad, nada de su novio ni de su mamá.

Las horas pasaron volando hasta que anocheció. El estómago le reclamó comida y, mientras se preparaba algo en la cocina, miró su celular por si encontraba algo. Quería hallar los mensajes que había enviado la noche anterior. No había mucho en el teléfono móvil tampoco. Solo unos mensajes de su hermana, quedando para ir a ver el famoso vestido del que hace un rato le había hablado.

Se sentó en la alfombra a mirar las fotos que había encontrado, muchas le parecían muy cocidas y recordaba aquellos momentos. Había visto ya dos álbumes, las fotos del matrimonio de su hermana, otras de vacaciones con amigos, ninguna le daba ninguna pista.

El tercer álbum que abrió la espantó del susto, la primera foto que había era de sí misma en la calle en la que había estado en el sueño que tuvo mientras dormía en la casa de su hermana hacía un rato atrás. Exactamente el mismo lugar, la misma ropa que llevaba en el sueño, la misma calle vacía y un niño, al que no se le distinguía el rostro y, que apenas se veía al final de la esquina.

Ricardo

Abrieron la puerta de un golpe, dos hombres armados entraron muy calmadamente y detrás de ellos un hombre de mediana edad, que llevaba un cigarro entre sus labios. Vestía un pantalón de tela muy bien planchado, unos zapatos de cuero excelentemente lustrados y una camisa color turquesa fuera del pantalón.

Ricardo se quedó sentado en el suelo, mirando atónito la escena.

—Ay Richy —exclamó el hombre—, no quería tener que venir por ti.

Se sentó en uno de los sillones, sacó del bolsillo de la camisa una libreta de apuntes. Lentamente la abrió y leyó:

—Richy, 20 de agosto. Saldo deuda —Ricardo negó con la cabeza.

—Lo siento señor —dijo con voz temblorosa.

—Yo lo voy a sentir mucho más Richy.

—No, espere —clamó Ricardo—. Hay algunas cosas que usted no sabe.

—Ya lo creo —asintió el hombre, mientras expedía una bocanada de humo—, y me importan una mierda.

—No, no, no. Por favor. He tenido algunos problemas, pero tengo su dinero.

Ricardo apuntó hacia la bolsa que se encontraba, bajo la mesa de centro. El hombre hizo un gesto a uno de sus muchachos y éste tomó la bolsa cuidadosamente, la abrió y confirmó con la cabeza.

—Dámelo —le dijo, estirando la mano—. Uno, dos, tres —comenzó a contar los fajos de billetes—. ¿Y qué es todo esto Richy? ¿Robaste un banco o qué?

Ricardo no emitió sonido alguno, gotas de sudor corrían por sus cienes.

—Ok —exclamó el hombre.

Se sacó el cigarro de los labios con los dedos de la mano izquierda y lo miró como asegurándose de que aún le quedaba tabaco que quemar. Sacó dos fajos de billetes y se los tiró a Ricardo, quién los atrapó con la mano.

—Ja ja ja —rio el hombre, mientras se levantaba de su asiento—. La próxima vez no seré tan generoso —le dijo—. Sabes que no me gusta que me hagan perder el tiempo.

Se dio la vuelta y salió de la casa escoltado por los hombres que lo acompañaban. Ricardo se quedó sentado un rato en el suelo, con los fajos de billetes en sus manos, excitado por los hechos recién ocurridos y confundido por desconocer la identidad de ese hombre, que al parecer lo conocía bastante bien a él.

Una profunda angustia lo inundo en ese momento, haciéndolo echarse a llorar. No comprendía nada, no había forma de que todo fuera así de repente. Se secó las lágrimas con la manga y se levantó. Revisó la puerta, a ver qué tan dañada había quedado la cerradura principal. No había mucho que hacer, necesitaba ser cambiada.

Se dirigió a la pieza, acomodó la caja fuerte donde estaba al principio, echó el dinero adentro y la cerró con llave.

Comenzó a caminar en círculos, tratando de recordar qué había hecho el día anterior, la semana anterior. Nada lo llevaba a lo que le sucedía ahora. Sus recuerdos eran completamente distintos a esta realidad. Mismo nombre, misma edad, misma familia, misma ciudad, mismos amigos, misma casa, pero una muy distinta realidad.

Se aseguró de llevar encima una buena cantidad de dinero, tomó sus documentos y salió. No quería contarle a nadie, pues sentía que no le creerían.

Se dirigió hacia Urgencias de la clínica de la universidad y buscó si había alguien que lo pudiera ayudar, pero los psiquiatras y psicólogos atendían solo de lunes a viernes y además, había que pedir hora. Le asignaron una para el Martes 23 a las 10:00 am con el Dr. Calderón.

Decidió quedarse el resto del día en la casa, pasó por una tienda para comprar otra chapa para la puerta y aprovechar de cambiarla. Hizo las reparaciones y a eso de las 14:00 horas ya estaba listo.

Se le ocurrió que una buena idea sería documentar todo lo ocurrido, buscó un papel y un lápiz y comenzó a escribir todo lo que había sucedido desde que por primera vez abrió los ojos ese día cerca de las cinco de la mañana. Pensó que quizás le serviría para cuando lo examinara algún doctor. Trató de ser lo más minucioso posible, intentando recordar cada detalle, pero los hechos habían ocurrido rápido y eran muchos los antecedentes a recopilar.

Escribió sin parar durante un rato, perdiendo el sentido del tiempo, hasta que sonó su celular.

—Aló —contestó con pesquisa.

—Hola guapillo —respondió una voz femenina.

— ¿Quién habla? —Reclamó Ricardo con voz fría.

—Yo, Susana. Obviamente —dijo alargando esta última palabra.

En ese momento Ricardo reconoció la voz de su interlocutora.

—Ah, bonita —dijo de manera dócil—. ¿Cómo estás?

—Salgo en 20 —contestó ella—. ¿Me vienes a buscar?

Ricardo dudó un momento qué decirle, pues no sabía dónde trabajaba ella. En realidad, ni siquiera sabía quién era.

— ¿Dónde nos juntamos? —Respondió audaz.

—Te espero en la plaza 21 de mayo, no te demores. Besitos.

Ricardo la pasó a buscar a la hora acordada y fueron a comer algo. Susana le hablaba, pero Ricardo no prestaba la atención necesaria.

— ¿Qué pasa? —Le preguntó—. Te noto algo ido.

—Nada, tengo algunos asuntos —Susana no alcanzó a decir nada cuando Ricardo continuo—. En este momento tengo unos problemas muy graves Susana —los ojos se le llenaron de lágrimas—, ¿necesito saber si puedo confiar en ti?

—Por supuesto, mi amor —le dijo mientras le tomaba la mano—. ¿Qué pasó?

—Vayamos a mi casa, aquí no.

Llegaron a la casa de Ricardo, Susana estaba muy inquieta, no imaginaba qué podía estar ocurriendo. Ricardo se sentó en el sillón principal, tomó el cuaderno en el que había estado escribiendo esa tarde. No sabía cómo empezar.

Susana se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Amor, dime que pasa. Puedes confiar en mí —le dijo acariciándole el rostro con la mano derecha.

Ricardo la miró a los ojos y le entregó el cuaderno.

—Lee esto.

— ¿Qué es esto?

—Por favor léelo —suplicó Ricardo—.

Susana comenzó a leer el texto, cada palabra que leía la confundía un poco más. Leyó dos veces cada párrafo, no entendía lo que quería decir Ricardo, no comprendía nada.

— ¿Qué es todo esto? —Le preguntó sin mirarlo a la cara.

—No sé quién soy Susana, no sé quién eres tú. Ni siquiera sé en qué diablos estoy metido.

—Pero cómo, Ricardo...

—Esta mañana cuando desperté, amanecí en un mundo que no es el mío — Susana se levantó del sillón y se rascó la cabeza con la mano izquierda,

intentando comprender lo que escuchaban sus oídos.

— ¿Quieres terminar conmigo? —Le preguntó, mirándolo a los ojos.

—No —gritó Ricardo— no es eso. No lo sé. No tiene que ver contigo, no sé quién eres, pero eres la única persona en quien siento que puedo confiar en este mundo.

Susana, anoche, según mis recuerdos, me acosté a eso de las 23:00 en la cama de un Hotel de Inglaterra y hoy cuando desperté estaba aquí en la cama contigo en mi casa y esta si es mi casa, la recuerdo, pero hay cosas aquí que no son mías. Por favor créeme.

—Te creo —dijo Susana, casi sin dejar que Ricardo terminara su frase—. Esto no es normal —Susana se acercó a Ricardo y lo abrazó—. Tienes que ver a un psiquiatra.

—Lo sé, ya pedí una hora para el martes.

— ¿De verdad no sabes quién soy? —Le dijo soltando un llanto desgarrador. Ricardo la abrazó.

—Desearía poder hacerlo —respondió él sosteniéndola firme en sus brazos.

Se dejaron caer lentamente al suelo, abrazados, ambos llorando con esa pena que estremece, con un sentimiento de abandono en cada uno de sus espasmos.

Perdieron la noción del tiempo, sus llantos fueron decayendo en intensidad, pero se fueron compenetrando. Las caricias de ternura se fueron transformando en deseo. Sus labios se juntaron en un beso dulce y lento, que se fue apasionando poco a poco hasta hacerse licencioso. Se desvistieron torpemente el uno al otro, dejando escapar en cada acto un poco más el deseo ardiente del apetito sexual.

Desnudos y abrazados se durmieron en la alfombra, durmieron durante horas. Parecía ser que el llanto y el sexo los había dejado exhaustos.

Susana fue la primera en despertar, hacía frío, tenía la piel de gallina, pero se alegró de verse abrazada a Ricardo. Se levantó lentamente y fue en busca de

una manta y se enrolló en ella, encendió la estufa y tomó otra manta para cubrir a Ricardo. Lo tapó, intentando no hacer ruido y se fue a la cocina a preparar algo para comer. Cuando volvió Ricardo estaba despierto.

—Me llamo Susana Elena Rodríguez Tapia —dijo cuando volvió de la cocina. Ricardo la miró y ella continuó—. Tengo 28 años. Nos conocimos hace dos en el cumpleaños de una amiga, tú llegaste acompañando a alguien que apenas conocías. Nos gustamos y empezamos a salir. Estoy terminando una Ingeniería Industrial, por eso trabajo los fines de semana. Vivo con una amiga en un departamento. Esa es mi vida.

— ¿Y yo? —Preguntó Ricardo, mientras se sentaba en la alfombra—. Cuéntame quien soy yo —Susana bajó la vista un instante, luego miró al cielo con una leve sonrisa en los labios.

— ¡Qué raro es todo esto! —exclamó en voz baja antes de continuar—. Tú eres un loco. Te gusta salir, estar con gente, lucirte, pasarlo bien. Te gusta la música. No bebes mucho. Estudias Ingeniería en Biotecnología, pero llevas como diez años en eso.

— ¿En qué trabajo? —Preguntó Ricardo.

—No sé en qué trabajas, a veces me dices que tienes algunos negocios que hacer y te pierdes un rato. Nunca has querido contarme.

— ¿Mi familia? Quiero decir, en la mañana los llamé y todo fue como antes, pero...

—Son del sur —interrumpió Susana—, tú estás solo aquí en la ciudad. Tienes tres grandes amigos; Gonzalo, Carlos y Juan. A Juan se le ve poco últimamente porque se puso a pololear y a ninguno nos cae bien la niñita. ¿Te acuerdas de ellos?

—Sé que son mis amigos, ¿pero crees que ellos sepan quién realmente soy? —Dijo sin levantar la cabeza.

— ¿Qué quieres decir? —Preguntó Susana.

—Me temo que te he mentado —por un momento Susana pensó que se

refería a esta historia de que no recordaba nada—. Creo que he hecho cosas malas.

—Explícame porque no entiendo.

—Esta mañana un hombre me llamó al celular cobrándome una plata. Busqué en la pieza y encontré una caja fuerte llena de billetes adentro. Antes de poder contarla unos matones armados llegaron junto con este señor. Se la llevaron casi toda y me dijo que la próxima vez no sería tan generoso.

—Ricardo —dijo Susana—, cuéntame quién eres tú. ¿Cuáles son tus recuerdos de esa vida que dices que tenías ayer?

—Es básicamente lo mismo —respondió Ricardo, sentándose en el sillón—. Hace tres años terminé la universidad, la misma carrera que dices que aun estudio. Trabajo en un laboratorio desde los mismos tres años que terminé la universidad y este último he tenido que viajar por trabajo a Inglaterra y Alemania en dos ocasiones. De hecho, según mis recuerdos ayer había acabado de registrarme en el hotel Shangri-La de Londres.

— ¿Tienes novia en esa vida? —Preguntó con recelo Susana. Ricardo la miró.

—Sí —dijo en voz baja—, esta mañana la busqué en Facebook pero no la encontré, tampoco está en mis contactos —Ricardo hizo una pequeña pausa y continuó—. Tampoco tengo pasaporte, lo busqué entre mis cosas hoy y no está. Otra cosa curiosa es que mi auto, si bien es el mismo modelo el color no es el mismo.

Susana se vistió mientras Ricardo le contaba su historia. Se sentía mal, pero intentó ser fuerte. Estaba enamorada de ese hombre que decía no conocerla y fuese para bien o para mal había decidido ayudarlo.

Levantó los platos y se dirigió a la cocina, una lágrima se le escapó, deslizándose por la mejilla izquierda, intentó disimularla pero fue inútil. En la cocina secó sus ojos con una servilleta, respiró profundo como juntando fuerzas. Se arregló el pelo con las manos y se dirigió a la sala. Tomó su cartera que estaba en la silla y se acercó a Ricardo.

—Me tengo que ir —le dijo—, ya son más de las once y mañana tengo clase

temprano. Trata de dormir, quizás mañana todo sea un mal recuerdo.

Ricardo la abrazó fuertemente, ella le respondió con un abrazo tierno y esperanzador.

—Vístete —le dijo—, te vas a resfriar.

—Gracias por todo bonita —respondió Ricardo, mientras le tomaba la cara con la mano derecha. La besó suavemente en los labios y apretó más el abrazo. Susana se acurrucó en su pecho y soltó un suspiro.

Ricardo se puso algo de ropa y ordenó un poco la casa. No alcanzó a irse a la cama cuando tocaron la puerta.

— ¿Quién es? —Preguntó Ricardo, mientras miraba el reloj que marcaba las 23:52.

—Abre —respondió un hombre desde fuera.

Ricardo dudó un momento y abrió lentamente la puerta. El hombre se abalanzó y dos más que lo seguían entraron con él.

— ¿Qué pasa Richy? —Dijo el sujeto que había tocado la puerta—. Se fue tarde la bonita hoy.

— ¿Quiénes son ustedes? —Preguntó Ricardo.

El hombre, que acababa de sentarse en el sillón, miró con extrañeza a quienes lo acompañaban y movió la cabeza en señal de no entender.

—Fossati, Barone, Lepori —dijo el hombre, apuntando a cada uno de quienes lo acompañaban y por último a él—. Mira Richy, es verdad que nunca nos hemos llevado bien, pero no es para que nos hagas la desconocida.

Ricardo se quedó en silencio, obviamente no entendía nada y no conocía a esas personas. Pero sin duda ellos sí lo conocían a él.

—Bueno —dijo Lepori, levantándose de su asiento—, parece que hoy andas más callado que nunca. Así que vayamos al grano —se acercó a Ricardo y lo

miró a los ojos fijamente—. ¿Dónde está mi dinero? —Le dijo sin despegarle la mirada.

Maximiliano

La desaparición de Maximiliano significó una gran pérdida para la universidad de la Dra. Smith, tanto en lo comercial como en lo profesional. Muchos padres decidieron retirar a sus hijos y parientes de esa institución en tan solo dos días. La noticia se difundió rápidamente y no había rastro del paradero del niño, tampoco indicios de cómo fue que pudo desaparecer, ya que habían guardias en la entrada y las cámaras del circuito cerrado no registraron el incidente. Al menos esa fue la información oficial.

La Dra. Smith, en una reunión privada, se disculpó con el Dr. Stolichnov y conmigo y nos indicó que ya no era necesaria nuestra presencia en la universidad. Nos asignaron vuelos de regreso para el día siguiente, pero decidí rechazarlo. Este era un caso demasiado extraño para regresar y olvidarlo tan fácilmente.

Busqué alojamiento en algún lugar más austero y le pedí a mi secretaria que organizara mi agenda, considerando otras dos semanas en Londres.

Intenté ponerme en contacto con los padres de Maximiliano, pero se me hizo imposible. Habían presentado una querrela en contra de la Clínica y otra en contra de la Dra. Smith por negligencia, razón por la cual su abogado les recomendó guardar silencio y no dar entrevistas. No quise sacar conclusiones apresuradas y busqué en los apuntes que había hecho durante los días que pasé en la clínica junto a Maximiliano, sus familiares, la Dra. Smith y el Dr. Stolichnov. Este último me había entregado sus propios apuntes antes de marcharse, en los cuales encontré gran cantidad de información y muchos manuscritos en ruso. Uno de ellos me llamó profundamente la atención. Se trataba de cierta hipnosis practicada por mi amigo al pequeño, en la cual el niño le detalla las condiciones en que vivía antes del 21 de agosto.

Es difícil obtener información de un niño tan pequeño, ya que generalmente no pueden llevar bien una conversación y no saben armar ideas. Sin embargo, Stolichnov llegó a un punto en el cual Maximiliano le dijo dos cosas que son, por lo menos, bastante extrañas; La primera, mientras describía el lugar dónde se

encontraba mencionó que en la pared colgaba un calendario con el año 2018; La segunda, mientras describía a sus padres dijo *“Mis padres no son de aquí, ellos llegaron viajando”*.

Lo curioso es cómo un niño de solo casi tres años puede mirar y entender un calendario y qué habrá querido decir con eso de que sus padres no eran de aquí.

Examiné los datos pero no conseguía llegar a nada. Se me ocurrió llamar a Vladimir y que me diera sus impresiones, pero no pude ponerme en contacto con él.

Esa misma tarde la Dra. Smith me llamó y me pidió que nos juntáramos, su voz sonaba algo cansada. Me pidió que fuera a su casa en Colworth Rd.

Llegué a eso de las ocho de la noche. Me invitó a pasar. Se veía muy desmejorada, como si hubiera estado llorando o quizás sin dormir.

— ¿Cómo ha estado? —Le dije con un tono opaco.

— ¿Ha escuchado usted acerca de los mundos paralelos? —me preguntó, ignorando mi pregunta. No alcancé a responder y siguió—. También llamados Universos paralelos o dimensiones desconocidas.

—Algo he oído —contesté un poco abrumado.

— ¿Cree usted en eso? —Agregó inmediatamente.

— ¿Por qué me pregunta esto Doctora? —Le dije, haciendo un gesto con la cabeza.

—Necesito que me diga si cree en estas cosas Sr. Martin. Si no cree lo entiendo y lo dejamos hasta acá. Pero si cree, entonces necesito su ayuda.

—Bueno, según entiendo no hay pruebas científicas...

—Necesito que me diga si cree o no —me interrumpió.

—Bueno, si tuviera alguna prueba y pudiera estudiar algún caso sí.

—Escúcheme —me dijo con extrema seriedad en su rostro—. Lo que le voy a contar debe quedar solo entre nosotros. Es muy importante que usted me jure que nada saldrá de aquí.

—Está bien —le dije.

El tono de sus palabras me dio escalofríos. En ese momento no fui capaz de pensar de qué trataba ni siquiera sospeché que sus palabras aludían al caso de Maximiliano.

Se levantó de la silla y me miró a los ojos, quizás buscando en mi mirada la confianza que necesitaba para hacer lo que iba a hacer.

—Acompáñeme —me dijo.

Me puse de pie y la seguí por el pasillo. Abrió la puerta de una recamara y me hizo pasar. Dentro se encontraba el Dr. Stolichnov y junto a él estaba Maximiliano. Me sorprendí tanto que no fui capaz de decir nada y me quedé paralizado.

—Hola Julio —me dijo Vladimir.

— ¿Qué está ocurriendo aquí? —Pregunté sorprendido.

—Tranquilo amigo mío —continuó Vladimir, levantándose de la silla y acercándose a mí—. Hemos descubierto la verdad. Toma asiento.

Me senté en un sillón que tenían en esa sala y la Dra. Smith se sentó a mi lado.

—No somos secuestradores ni mucho menos. Hemos encontrado la respuesta a los hechos ocurridos desde el 21 de agosto. Maximiliano es hijo del señor y señora Jackson, de eso no cabe duda. Sin embargo, algo que desconocemos se los ha arrebatado y ha puesto en su lugar a este Maximiliano; misma edad; mismo nombre; misma persona. Pero de una realidad distinta. ¿Quién mejor que nosotros sabe que los síntomas de este chico no son atribuibles a ninguna enfermedad mental? Este niño es la prueba de que el salto entre universos es posible.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —Dije con exalto—. ¿Se dan cuenta de lo que han hecho? El secuestro es un delito muy grave.

—No hemos secuestrado a nadie —me respondió moviendo la cabeza—. Fue él quien me pidió que no lo dejara ir con sus padres.

Me levanté y salí de la habitación dispuesto marcharme. La Dra. Smith se levantó tras de mí y la siguió Vladimir.

—No te vayas Julio —me gritó Vladimir—. Te necesitamos.

—Lo siento —le contesté girándome hacia a él—. Pero yo no me puedo prestar para esto. ¿Van a hacerle caso a lo que dice un niño de tres años? Hay métodos aprobados para estos casos.

Tomé mi abrigo y salí de la casa. Me apresuré a tomar un taxi, esperando que no me siguieran.

No podía entender el comportamiento de mis colegas, ¿se habían vuelto locos o habían visto algo que yo no? Eso era imposible. Pero, ¿pero qué debía hacer? ¿Denunciarlos? No podía hacer algo así, sin embargo sentía el deber de hacerlo.

Las calles parecían vacías, no sentía haber estado tanto tiempo en casa de la Dra. Smith, pero al mirar la hora noté con extrañeza que mi reloj marcaba las tres de la madrugada con veintidós minutos. Le pregunté al taxista qué hora era, pensando que mi reloj se había descompuesto, pero me confirmó la hora. Algo no encajaba en esto. Los pensamientos me revolvían la cabeza, no sabía por dónde empezar.

Llegué al hotel a eso de las cuatro, abrí la puerta de mi habitación y me sorprendió ver que la luz estaba encendida. Me asusté y entré lentamente, pensé en devolverme y llamar a conserjería, pero justo cuando iba a hacerlo una voz con acento extranjero, pero en perfecto inglés, me dijo:

—Pase por favor Sr. Martin. No debe usted asustarse —el cuerpo se me heló y no fui capaz de dar un paso.

— ¿Quién es usted? —Pregunté paralizado. El hombre se acercó a mí y cerró

la puerta. Era un joven de cabello rubio intenso, alto y de buen aspecto, no parecía un ladrón o algo del estilo.

—Ya nos conocemos —me dijo y me tomó del brazo, luego hizo un gesto con su mano derecha, invitándome a pasar.

—No lo creo —le dije.

Una leve sonrisa esbozó su rostro y el pensamiento de que sería víctima de algún atraco, secuestro o algo similar se apoderó de mi mente.

—Soy su paciente más complicado —agregó.

—Lo siento —le dije con un tono de nerviosismo—, pero no he tenido pacientes durante mi estancia en Londres.

—Yo creo que sí —replicó.

— ¿Qué desea de mí?

—No se preocupe Sr. Martin —respondió casi antes de dejarme terminar—, no tenga miedo. No le voy a hacer nada.

— ¿Quién es usted? —Volví a preguntar.

Entonces, el hombre metió la mano derecha en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta y sacó una billetera negra. La abrió lentamente, sin dejar de mirarme, y sacó desde ella una identificación y me la tendió. La recibí con la mano izquierda y vi que, en alfabeto cirílico, decía Maximiliano Jackson.

— ¿Ahora si me reconoce Sr. Martin? —Me dijo mientras tomaba una silla y se sentaba frente a mí.

Emilia

El amanecer llegó sin previo aviso y las luces del alba fueron encendiendo el día poco a poco. Emilia no pegó un ojo en toda la noche. Había decidido intentar vivir en esta realidad distinta, aunque no entendiera la mayoría de las cosas.

Miró el reloj que marcaba las seis y doce minutos, los ojos le pesaban. El sueño que no había querido aparecer durante toda la noche finalmente llegó, haciéndole ganar pereza y dejándola sin fuerza para mantenerse alerta. Se dejó llevar por él, al fin de cuentas no sacaba nada con seguir pensando, por más y más que diera vueltas su cabeza nada le hacía sentido. Cerró los ojos y durmió.

Un mar de pequeños círculos destellantes había. No podía verse las manos, no podía verse los pies. Solo existía este paisaje infinito. Prestó atención a una de los círculos y se vio a sí misma en una escena de su infancia, no podía reconocer el lugar, pero sabía que era ella. Comenzó a examinar cada uno de los pequeños círculos destellantes y en todos pudo verse en distintas etapas de su vida, en algunas era una anciana en otras una mujer mayor, reconocía algunos lugares muchos otros no. Uno de los círculos la mostraba durmiendo, sin duda era su imagen del ahora mientras dormía.

De repente el espacio a su alrededor comenzó a moverse rápidamente, al menos eso le pareció al principio, después de un rato no pudo distinguir si era el espacio a su alrededor o ella lo que se movía. Todo se volvió oscuro y despertó.

Se levantó y se metió al baño, pensando en qué demonios era lo que le sucedía. Se dejó caer el agua encima durante unos veinte minutos, intentando escapar del letargo. Salió de la ducha y se quedó mirando al espejo, intentando reconocerse. El sonido del teléfono la hizo volver en sí. Era Laura, llamando para asegurarse que todo estuviera bien.

— ¿Cómo amaneciste hermanita? —Le dijo.

—Bien —respondió Emilia—, acabo de darme un baño.

— ¿A qué hora te paso a buscar? ¿Te parece en unos tres cuartos de hora?

—Ok, no hay problema.

Se sirvió algo de cereal y un poco de jugo de naranja y se fue a vestir al dormitorio. Abrió el clóset y se dio cuenta de que mucha de la ropa que tenía no era de ella, pero a esas alturas eso era un mero detalle. El día estaba agradable, así que se puso un vestido naranja que le pareció precioso y puesto le gustó mucho más.

Los minutos parecieron segundos al pasar hasta que llegó Laura.

— ¡Qué rápido llegaste! —Le dijo con sorpresa.

— ¡Uy, pero que linda! —La alagó Laura—. Si, a esta hora no es mucho tráfico. ¿Vamos?

Salieron rumbo al centro comercial en el auto. Laura no quiso hacer muchas preguntas y centró la conversación en lo que las reunía.

— ¿Has pensado que estilo de vestido comprarás? —Le preguntó.

—En realidad no —contestó Emilia—, pero me imagino que debe ser algo formal.

—Hoy en día hay muchas opciones, pero ahí les pedimos que nos asesoren bien.

Pasearon durante todo el día, vieron un montón de vestidos en diferentes tiendas hasta que finalmente encontraron el que más les gustó.

Laura sentía que habían traído a su hermana de vuelta, no la notaba preocupada, no la sentía angustiada y sobre todo, no hacía preguntas extrañas. Se estaban divirtiendo como hermanas, como si nada hubiera pasado.

Una vez que ya iban de vuelta a casa Emilia preguntó.

— ¿Crees que debería ver un médico?

— ¿Qué? ¿Por qué? —Contra preguntó Laura.

—Por todo lo que está pasando, anoche soñé cosas sin sentido y por más que lo intento no sé dónde estoy.

— ¿Crees que lo necesitas? Si lo sientes necesario y consideras que te ayudará yo te acompaño.

— ¿Pero qué crees tú?

—Yo creo que sería bueno tener la opinión de un especialista, quizás esto es más común de lo que creemos y no es nada grave —dijo Laura con un tono aliviador—. Pero por ahora concéntrate en la presentación de mañana para que todo salga bien, mira que te ves hermosa con tu nuevo atuendo. ¿A qué hora debes estar mañana en la universidad?

—A las once, según lo que vi en mis apuntes —contestó Emilia.

Una pequeña expresión de preocupación se apoderó del rostro de Laura y preguntó.

— ¿Tienes claro el contenido de tu tesis? ¿Lo qué has preparado durante estos seis meses?

—Si Laura, no te preocupes —contestó Emilia—. Eso no ha cambiado, eso está tal cual. En mi otra vida —dijo sonriendo— también estaba terminando mi tesis.

Laura le acarició la mejilla y le sonrió, intentando darle apoyo y confianza. Le preguntó si prefería quedarse en su casa y no estar sola, pero Emilia no aceptó la invitación, argumentando que prefería dormir en su propia cama para descansar como corresponde.

Esa noche durmió sin preocupaciones y sin soñar nada, su cuerpo se tomó el descanso de que le había privado la noche anterior, liberando en ese dormir el estrés que había acumulado por los hechos recientes.

Al día siguiente se levantó temprano, su presentación era a eso de las once, pero prefirió llegar a primera hora y asegurarse de que todo anduviera bien. Se

encontró con unas compañeras al llegar, todo era exactamente igual a como lo recordaba, al parecer esta parte de su vida seguía igual, las conversaciones que había tenido, los planes y todo lo demás seguían tal cual.

A las once comenzó la presentación, Laura y Héctor la esperaban afuera. Emilia dejó muy satisfechos a sus profesores, los cuales la felicitaron por la excelente calidad de su trabajo.

Una vez todas las presentaciones terminaron, quedó con sus amigas de salir a celebrar por la noche.

—Ya está bueno que nos toque algo de diversión —dijo una.

—Si, a ver si me ligo con alguno esta noche y me da mi merecido —bromeó otra y rieron todas conjuntamente.

Se despidieron una vez acordaron la hora y el lugar. Laura y Héctor invitaron a Laura a almorzar a un lujoso restaurant en el centro. Emilia estaba feliz por la calificación obtenida y por las felicitaciones de sus profesores.

—Y, ¿dónde van a ir esta noche? —Preguntó Laura.

—Vamos a ir a bailar con las chicas, distraernos un rato después de tanto estudio —contestó Emilia.

— ¿Quieres que te vaya a dejar o a buscar? —Preguntó Héctor.

—No es necesario —replicó Emilia—, me voy con Antonia que tiene auto, luego se queda en mi casa.

—Ok —dijo Héctor sorprendido.

Una vez terminaron el almuerzo pasaron a dejar a Emilia a la casa y se fueron. Laura y Héctor estaban muy contentos de ver que Emilia estaba mejor. Sin embargo, Emilia no estaba demostrando lo que realmente sentía.

Al entrar a la casa una terrible angustia la inundó, haciéndola caer en un intenso, pero silencioso llanto. Se recostó en el sillón por un rato, luego se quitó la ropa sin levantarse, se quedó recostada desnuda un instante antes de

levantarse y meterse a la ducha. Sentía la necesidad de quitarse algo de encima, algo que no podía ver, pero que la sofocaba.

Quiso relajarse después de eso para estar bien para la noche, al fin y al cabo seguir pensando no la ayudaba. Encendió la televisión y se recostó en la cama, cualquier programa que le mantuviera la mente ocupada estaría bien.

A las diez de la noche Antonia pasó a buscar a Emilia y se fueron a un bar de la avenida 25, las demás chicas ya estaban ahí cuando llegaron. Comenzaron tomando algo y no tardaron en atraer a algunos muchachos, los que las invitaron a bailar y compartir con ellos. Emilia se sentía bien, al menos en ese momento olvidó todo lo que estaba ocurriendo en su vida.

Al salir del bar Antonia decidió irse con uno de los chicos y otro se ofreció a llevar a Emilia, pero ella no sentía confianza en él y prefirió tomar un taxi. El taxi la llevó hasta su casa. Emilia bajo del auto, le pagó al conductor y este se fue. Se metió a la casa e inmediatamente sintió una sensación de ahogo, rápidamente se cambió de ropa por algo más cómodo, tomó las llaves y salió. Ya eran casi las cinco de la madrugada, no había nadie en la calle y quizás salir sola se volvía algo peligroso, pero ni siquiera pensó en eso, necesitaba respirar aire puro y sentirse a si misma.

Caminó durante un largo rato hasta que llegó a la playa, su casa se encontraba algo alejada del mar a unos dos o tres kilómetros, la brisa le hizo erizar la piel, pero no le importó. De alguna manera sentía que esa brisa le limpiaba el alma y la ayudaba a comenzar de nuevo en esta realidad distinta.

El día comenzó a amanecer, para ese entonces ya se había sacado los zapatos y mojaba sus pies en el mar, salpicando gotas saladas al caminar. Llevaba un jersey con capucha y un pantalón de buzo, que se había arremangado para que no se mojase al caminar por el agua. Estaba sumida en sus pensamientos, imágenes infinitas de lo que podría ser y no era y de lo que parecía seguir siendo igual.

De repente, el sonido del fuerte frenar de un coche la despabiló, se volteó a mirar y vio un auto estacionado a unos cien metros de donde se encontraba ella, se dio cuenta entonces que ya andaba muy lejos de casa. Se agachó, intentando pasar desapercibida, entonces un hombre joven bajó del vehículo y

encendió un cigarrillo, desde donde estaba ella no le pudo distinguir el rostro, pero algo en la escena le llamó la atención y la hizo querer seguir observando. Unos segundos más tarde un segundo hombre bajo del automóvil, le mostró unos papeles e intercambiaron unas palabras que, obviamente, Emilia no logró escuchar.

A pesar, de la distancia este segundo hombre le resultó muy familiar a Emilia, no podía distinguir su rostro, pero su forma de moverse, su caminar y su aspecto en general le recordaban a alguien. Tardó un momento en descubrirlo, pero finalmente dio con ello, era su novio, el novio que Laura decía desconocer y del cual ahora ella no recordaba el nombre.

Ricardo

Un golpe lo aturdió y cayó al suelo inconsciente. Despertó con la boca seca. Una bolsa de género cubría su cabeza y tenía las manos atadas por la espalda. Estaba tirado en el suelo húmedo. Un dolor agudo le partía la cabeza.

Tosió para quitarse un cuanto de polvo que tenía en la garganta. Dos hombres lo levantaron y lo sentaron en una silla, mientras hablaban un idioma extranjero le quitaron la bolsa de la cabeza.

—Richy, Richy, Richy —habló un hombre a su espalda—. Mírate nada más como estás—el hombre caminó hacia Ricardo desde atrás, dejándose ver—. Los muchachos dicen que has estado algo extraño estos días.

Era un hombre mayor, gordo, llevaba una camiseta de algodón blanca, un pantalón de vestir de color marrón agarrado con suspensores del mismo tono y unos mocasines beige.

Se acercó a Ricardo y lo miró fijamente a los ojos, se detuvo en eso un instante y le dio tres suaves golpecitos con la palma derecha en la cara. Hizo un seño a uno de los matones que lo acompañaban y este le desató las manos. Ricardo miró al hombre, sin entender qué sucedía.

—Llévenlo a que se dé un baño —le dijo el hombre a uno mientras salía del cuarto—. Luego lo traen a mi despacho.

Lo llevaron por un pasillo hacia una escalera, nadie dijo nada, Ricardo tampoco se atrevió a preguntar. Los hombres que lo llevaban no eran los mismos que habían entrado a su casa, pero vestían de manera similar. Subiendo la escalera una galería colonial marcaba el camino de un hermoso jardín de flores, había varias estatuas de mármol y una enorme pileta en el centro. Sin duda era un lugar hermoso.

Abrieron una de las puertas de la galería y le hicieron entrar. Había una fila de duchas dentro hacia la pared interior, en el otro extremo lavamanos y espejos en la pared. Todo estaba muy bien cuidado. Había artículos de aseo en

una despensa al costado izquierdo.

—Báñate —le dijo uno de los hombres.

Se quitó la ropa lentamente y se metió a bañar. Uno de los hombres dejó el cuarto un momento y volvió con ropa limpia y una toalla. Se vistió y los hombres lo llevaron hacia el final de la galería, donde una terraza de mármol terminaba en una monumental piscina. Lo metieron por una puerta que daba a un gran salón con pisos de madera de roble y mampostería de mármol. Al final del salón lo esperaba sentado en frente de un enorme escritorio el mismo hombre que antes lo había liberado de las ataduras y lo había mandado a limpiarse. Los hombres que lo acompañaban se quedaron en el umbral de la gran fina puerta tallada a mano.

—Pasa hijo —pronunció el hombre con voz suave e hizo un gesto a los muchachos para que se fueran.

Ricardo entró lentamente sin pronunciar palabra alguna. Con la mano el hombre le indicó que se sentara.

— ¿Qué te sirvo hijo? —Le preguntó con amabilidad. Pero Ricardo contestó con silencio, con el silencio de quien teme.

—Ok —dijo el hombre y le sirvió un wiski en un vaso corto. Se lo extendió y Ricardo lo recibió con recelo. Una pequeña risa esbozó el hombre y volvió a sentarse en su silla.

—Mira Ricardo, lo siento. Tú sabes que no siempre comparto los métodos de Lepori. Me disculpo por eso. Ahora, creo que me debes una explicación. Los muchachos dicen que te has comportado de manera extraña. Quiero que sepas que puedes confiar en mí. Cuántas veces hemos tenido nuestros problemas y siempre hemos sabido resolverlos.

—No soy —dijo Ricardo con torpeza—, no soy quien usted cree —El hombre puso cara de no entender nada.

— ¿De qué estás hablando?

— ¿Puedo confiar en usted señor? —Preguntó tembloroso Ricardo—. ¿Qué

nada va a pasarme?

—Por supuesto Ricardo, lo que paso antes fue un arrebató de Lepori. Ya lo conoces, sabes como es. Ya me disculpé por eso. Y no me digas señor, soy el mismo Joe de siempre.

Ricardo tomó un sorbo de wiski y continuó.

—Ok, Joe. He tenido unos problemas. Ayer un hombre irrumpió en mi casa y se llevó todo el dinero que tenía. No sé qué me habrá pasado, pero desde entonces no recuerdo nada. Quizás me golpearon y he tenido algún tipo de pérdida de memoria...

—Ricardo —interrumpió Joe—, si necesitas que te dé más tiempo pídemelo. Te aplicaré un pequeño interés como siempre. Somos amigos, no es necesario que inventes estas historias. Ya te dije que Lepori no volverá a hacer lo que te hizo.

—Joe —reparó con fuerza Ricardo. El hombre quedó atónito—, ¿crees que haría todo este alboroto si fuera así?

Algo en el alma le dijo a Ricardo que ya no importaba nada, dejándose llevar por esta actitud ruda que nacía naturalmente desde su interior.

—Necesito que me escuches —continuó Ricardo—. Si no me crees puedes hacer lo que quieras, pero por favor escúchame.

—Ok, te escucho entonces —respondió Joe con tono relajado, como tratando de demostrar que no había opción de intimidarlo. Sacó de su camisa una cajetilla de finos cigarrillos, encendió uno y le ofreció otro a Ricardo, pero este no aceptó.

Le contó todo casi exactamente como había ocurrido, pero cambió ciertas cosas, pensando que le serían de ayuda en la situación en que se encontraba. Le contó que no recordaba a su novia ni a ellos, solo sabía que un hombre había ido a su casa reclamándole un dinero, el cual se habían llevado a la fuerza. Seguramente lo habían golpeado y que tal vez esos golpes le habían causado algún tipo de trastorno, haciéndolo perder la memoria.

—Escucha Joe, ayer le conté a mi novia que no sé quién es ella...

—Es una buena técnica para deshacerse de una chica —interrumpió Joe sonriendo.

—No es el caso Joe —dijo Ricardo—. Luego que se fue, Lepori y sus hombres entraron en mi casa, pero no les reconocí y según tú los conozco hace tiempo. Te juro por Dios que te digo la verdad.

—Está bien chico, cálmate —dijo el hombre con tono conciliador—. Veamos, supongamos que te crea lo que me dices. ¿Qué quieres que haga yo?

—Necesito tu ayuda —Joe miró a Ricardo con ojos de desconfianza—. Entiendo que no estoy en posición de pedir nada, ¿pero si no te lo pido a ti a quién?

—Ok, pero te va a costar —Ricardo asintió con la cabeza y relajó la espalda en la silla—. Ese hombre que entró a tu casa es el jefe Khan, lo más probable es que le debas dinero, igual que a mí, y a haya ido por él porque te atrasaste en el pago. No eres mal pagador, pero tiendes de vez en cuando a atrasarte.

— ¿Qué es lo que hago? —Preguntó Ricardo—. ¿Por qué le debo tanto a tanta gente? —El hombre hecho una gran carcajada y agregó.

—Las apuestas Richy, las apuestas —Ricardo lo miró con extrañeza—. Escucha, normalmente lo que haría en este caso sería dejarte en manos de mis hombres y olvidarme. Pero me caes bien Richy, me has hecho ganar dinero un par de veces y no me gusta ser desagradecido. ¿Te propongo un trato? Te ayudaré a que recuperes tu dinero, pero vas a tener que trabajar para mí. Ve y habla con Lepori, él te entregará todos los detalles.

Ricardo intentó decir algo pero no fue posible. Salió de la habitación y Lepori lo esperaba al lado de la piscina, sentado en una silla de playa.

—Te salvaste, ¿ah, Richy? —Le dijo al verlo salir.

—Me dijo que hablara contigo, que teníamos un trabajo que hacer.

—Ok, vamos a ello entonces.

Lepori se levantó y le pidió que lo siguiera, otros dos hombres los siguieron también. Pasaron a través de unos arbustos de ligustrinas que hacían el papel de división de un patio al otro.

— ¿Puedes contarme qué tipo de apuestas hacemos? —Preguntó Ricardo.

—Ja ja —rio Lepori—, ¿apuestas? No hacemos apuestas, ganamos. Al parecer es verdad que perdiste la memoria.

—Hay muchas cosas que no recuerdo.

—Lo que hacemos es alterar las probabilidades, pero eso ya te lo explicare. ¡Cielos! —exclamo Lepori—, me siento como cuando eras principiante y tenía que explicarte todo.

— ¿Llevamos tiempo haciendo esto juntos? —Preguntó inquieto Ricardo.

—Unos siete años —contestó Lepori—. Ah, disculpa por lo de ayer, pero ya sabes que yo solo cumplo con lo que me mandan. Por cierto, dejamos tu casa bien cerrada, nadie va a meterse a robar ni nada.

—Gracias —dijo Ricardo con sarcasmo. Lepori lo miró y dijo.

—No hay de qué, para eso estamos los amigos. Ah, te aconsejo que le des una llamadita a la bonita porque no la vas a ver en varios días.

Llegaron a una especie de galpón muy grande que estaba cerrado con candado, Lepori le hizo un gesto a uno de los hombres y este abrió la puerta. Dentro había unos diez automóviles, entre ellos deportivos y todo terreno. Además había una gran cantidad de cajas de embalaje de madera, mesones de acero y una avioneta cubierta con una lona gris.

Lepori abrió un estante que estaba detrás de la puerta, sacó unos mapas y los puso sobre una mesa. Uno de los hombres abrió una de las cajas de embalaje y comenzó a sacar armas de guerra, metralletas y fusiles fueron siendo cuidadosamente seleccionados y dejados sobre la mesa donde Lepori le explicaba a Ricardo los movimientos del plan.

— ¿Cuándo salimos? —Preguntó Ricardo.

—Esta noche, a las 2:00 a.m. —respondió rápidamente Lepori. Ricardo lo miró con cara de tragedia y le dijo.

—No puedo hacerlo esta noche —Lepori soltó una risa burlesca.

— ¿Debes revisar tu agenda? —Bromeó y continuó—. Aquí no te preguntamos por disponibilidad. Esto se hace hoy por que el jefe así lo quiere.

Ricardo no dijo nada más y siguió escuchando las instrucciones de Lepori. Una vez terminaron los hombres de Lepori le llevaron a una habitación muy bien cuidada, donde había una enorme cama tamaño King, dos veladores, una lámpara que colgaba del techo, la que se regulaba a través de un atenuador instalado en la pared. El cuarto contaba además con baño privado y televisión por cable. En la pared de la entrada colgaba un reloj mural que marcaba las quince horas.

En ese momento apareció Lepori con un hombre que Ricardo no recordaba haber visto antes, pero que de alguna manera le resultaba muy familiar.

—Aprovecha de descansar —dijo entrando a la habitación—. Este es el Rucio, él va a hacernos de chofer.

Ricardo le hizo un gesto de saludo con la cabeza y le quitó la vista, tirándose en la cama. Lepori y el Rucio se quedaron un rato hablando en la entrada de cosas que Ricardo no comprendía. Cerraron la puerta y la habitación se oscureció, curiosamente no tenía ventanas. Los ojos se le cerraron solos y se sumió en un sueño profundo.

A la una con treinta y 3:00 a.m. la fuerte luz de una linterna pegada a su cara lo despertó de golpe, sin duda no era la mejor forma para despertarse. Sintió que apenas recién había cerrado sus ojos, como si el sueño hubiera sido en vano. Se incorporó rápidamente.

—Ni siquiera te diste un baño —dijo Lepori en voz baja.

—No me di cuenta cuando me dormí —respondió Ricardo.

Tomaron lo necesario y salieron en una furgoneta color blanco, Ricardo se sentó en uno de los asientos de atrás. Uno de los hombres de Lepori le entregó

un arma y de una manera muy natural se la metió en el pantalón, como si estuviera acostumbrado a ello.

—Ja ja ja —rio Lepori—, como en los viejos tiempos, ¿eh? Así me gusta.

Todo el mundo rio dentro del vehículo, aunque Ricardo no entendía cómo podía serle tan natural dicho comportamiento, se sintió bien al notar que sabría cómo usar ese artefacto en caso de ser necesario.

Recordó que tenía una hora reservada en la clínica y que lo más probable sería que no pudiera asistir. Entonces, le envió un mensaje de texto a Susana, pidiéndole que la pospusiera. El la llamaría más tarde y le explicaría lo que ocurría.

Finalmente, luego de una hora y media de viaje en carretera, llegaron a destino. Un enorme predio, aparentemente sin luz y sin guardias. Entraron de a uno a través de un cerco de alambres que cortaron cuidadosamente. No se sentía la presencia de guardias o cuidadores, todo estaba muy tranquilo. Avanzaron en fila tras un camión de regadío que se encontraba en la estancia, al llegar a la otra orilla notaron que dos hombres custodiaban la entrada. Lepori hizo un gesto a sus hombres y estos se dispersaron y uno a cada lado, lo hicieron muy cuidadosamente, sin hacer el menor ruido se abalanzaron al mismo tiempo sobre cada guardia, reduciéndolos sin permitirles siquiera gritar.

Lepori, Ricardo y el Rucio entraron en la casa y los hombres se quedaron fuera vigilando.

Era una casa de campo muy lujosa, un largo pasillo conducía hacia el objetivo, el piso era de mármol, finas alfombras, cuadros originales adornaban las paredes y cinco grandes ventanas coloniales cubiertas con cortinas bordadas a mano flotaban en la mampostería del otro costado.

Ingresaron a una habitación que, por su decoración, era una especie de oficina. Lepori sabía muy bien donde estaba y lo que hacía, apenas se podía ver por la oscuridad y sin embargo, avanzaba a paso rápido entre los finos muebles hasta que llegó hasta el escritorio, se agachó y revisó que si el cajón se encontraba con llave, obviamente así fue. Entonces, de su bolsillo sacó una llave bumping y cuidadosamente la insertó en la cerradura, abriéndola sin hacer

ruido. Sacó de su interior unos cuantos documentos y los metió en un bolso que llevaba Ricardo.

Salieron del despacho y se movieron rápidamente hacia la salida a través del pasillo. Ricardo se paralizó, gotas de sangre y trozos de vidrio salpicaron su rostro, Lepori cayó al suelo, tal vez sin siquiera sentir lo que le sucedió. Una bala que entró por la ventana central le travesó el cráneo, matándolo instantáneamente.

—Al suelo —dijo el Rucio, empujando a Ricardo hacia abajo por la espalda.

Ricardo no reaccionaba, la crudeza del episodio lo había dejado en shock. No le había tomado realmente el peso a lo que había estado ocurriendo hasta ese momento. El Rucio arrastró a Ricardo hasta el despacho, pero éste seguía sin reaccionar. Una fuerte bofetada en la mejilla izquierda lo devolvió a sí mismo y una horrible sensación de angustia que nacía desde lo más profundo de su alma lo hizo gritar, el Rucio le tapó la boca con su mano y lo sujetó firmemente.

— ¿Quieres morir aquí? —Le dijo en voz baja pero firme. Ricardo movió la cabeza en señal de negación—. Yo tampoco, así que cálmate. Yo sé cómo podemos salir, pero necesito tu ayuda.

—Ok, ok —dijo Ricardo, quitándose al Rucio de encima.

—Ya está amaneciendo, será más fácil que nos vean allá afuera. No hay muchos de ellos, lo más probable es que sea Patel y un par más.

— ¿Quién es Patel? —Preguntó Ricardo.

—Es el sobrino menor del jefe Khan, experto francotirador y encargado de la seguridad. Lo extraño es que haya estado acá. Siempre acompaña a su tío en los viajes, cuidándolo desde lejos pero muy efectivamente.

— ¿Qué es lo que hacemos? —Preguntó Ricardo.

—La habitación del lado tiene una escalera que da hacia el subterráneo. Lo más probable es que ya vengán por nosotros, debemos apresurarnos.

Se movieron hacia la habitación contigua arrastrándose. El lugar servía como

bodega de artículos de aseo. En el fondo se encontraba la escalera de la que hablaba el Rucio. Bajaron, intentando hacer el menor ruido posible. El Rucio sacó un artefacto de su mochila y comenzó a apuntar a los automóviles que se encontraban ahí, uno de ellos sonó y los seguros de las puertas se levantaron. Ambos corrieron y se metieron dentro, el Rucio aceleró a fondo para salir lo antes posible, pasando por encima de la cerca de alambres. Anduvieron sin detenerse durante un largo rato, se dirigieron por la autopista hacia el sur, cuando llegaron a la playa el Rucio se detuvo y estacionó el auto.

—Estamos en graves problemas —dijo sin soltar el volante.

—Ya lo creo —asintió Ricardo.

—Debimos haberlo notado, estaba todo muy quieto. Lo extraño es que ni siquiera intentaron seguirnos. No podemos volver.

— ¿Qué quieres decir?

—Saben que fuimos nosotros, tienen el cuerpo de Lepori y los muchachos. Van a ir directo donde Joe. No podemos ir allá o estaremos muertos. ¿Tienes algún lugar dónde ir?

—No lo creo.

—Vamos a tener que pensar en algo y tiene que ser rápido.

Se quedaron mudos, pensando que hacer. El Rucio se bajó del auto y encendió un cigarro. Ricardo se quedó y abrió el bolso que le pasó Lepori al salir. Se bajó del auto, se paró al lado del Rucio y le entregó uno de los documentos robados. Este lo miró y comprendió el mensaje, aspiró una bocanada de humo y asintió con la cabeza.

—A todo esto —dijo Ricardo—. ¿Cuál es tu nombre? No creo que te llames Rucio, ¿o sí? —El Rucio lo miró de reojo y antes de contestar miró al horizonte, mientras soltaba el humo de sus pulmones.

—Maximiliano —dijo, volviendo la mirada hacia los ojos de Ricardo.

Maximiliano

Al día siguiente me levanté temprano, la verdad no fue mucho lo que pude dormir esa noche, me negaba a creer en lo que me presentaban como cierto.

Caminé desde el hotel hasta una pequeña plaza cercana, hacía mucho frío y la niebla casi no dejaba ver. Esperé durante treinta minutos pero nadie vino por mí durante ese tiempo, me pareció que quería hacerme esperar y cuando finalmente decidí marcharme apareció Maximiliano.

—Pensé que no vendrías —le dije.

Él sonrió levemente con los labios y me pidió que lo acompañara.

Caminamos hasta el otro extremo de la plaza, ahí me invitó a subir a un automóvil, yo iba a sentarme en los asientos traseros, pero Maximiliano me pidió que lo acompañara adelante. Tomó una autopista y nos dirigimos a las afueras de la ciudad. Fue un viaje largo y muy silencioso, ninguno de los dos abrió la boca en todo el camino. Yo me sentía intimidado por él por eso no dije una palabra y él, seguramente, no quiso hablar para no intimidarme.

Entramos por un camino privado, el cual daba hacia una enorme casa rodeada de árboles, en la entrada una estatua de dos niños daban la bienvenida. Bajamos del automóvil y Maximiliano abrió la enorme puerta y me invitó a pasar. La decoración hacía una especie de ambiente gótico, el piso de parqué, grandes cuadros en las paredes con adornados marcos, la escalera curvada con pilares finamente tallados que sostenían los pasamanos.

—Por aquí Sr. Martin —me dijo, llevándome hacia un despacho al fondo del pasillo.

Dentro de la habitación había una especie de data center con varios computadores interconectados con varias luces que encendían y apagaban. Me indicó que siguiera y al fondo, donde se acababan los equipos computacionales, un pequeño pasadizo daba a una especie de sala de reuniones.

—Tome asiento —me pidió amablemente.

— ¿Qué es todo esto? —Pregunté, pero no recibí respuesta.

— ¿Quiere algo de tomar? —Me preguntó—. ¿Un café o un té?

La silla en la que me senté era extremadamente cómoda, la mesa ovalada con un teléfono de conferencias en el centro. En la pared del fondo una biblioteca llena de libros, en el mesón lateral pequeñas esculturas de adorno, todo perfectamente limpio.

— ¿Dónde estamos? —Le pregunté.

—Esta es la casa de un muy buen amigo mío —me contestó—, no se preocupe, aquí estaremos bien.

— ¿Vas a contarme la verdad entonces?

—Para eso estamos aquí.

Algo en su forma de moverse lo hacía parecer nervioso, al menos esa impresión me dio a mí.

—Escuche Sr. Martin —me dijo—, sé que para usted todo esto debe ser muy extraño, casi inverosímil. Le agradezco que haya venido, ayer después de nuestra charla, pensé que no lo encontraría esta mañana en la plaza.

—Yo pensé que tú no vendrías —dije, intentando relajar la situación. Me regaló una leve sonrisa y continuó.

— ¿Cree usted en los mundos paralelos? —Me preguntó mirándome a los ojos. Yo no supe que contestar—. Necesito que intente creerlo, al menos por un momento, para que entienda mi situación —asentí levemente con la cabeza.

Metió su mano derecha en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta y sacó una pequeña bola de vidrio negra, eso me pareció a simple vista. La puso sobre la mesa e hizo una pequeña pausa y luego continuó.

—Verá, la situación es la siguiente. Existen interminables universos

semejantes entre sí, vibrando continuamente, digo semejantes porque si uno se para en cualquiera de ellos tarda a veces en notar si hay diferencias, pero luego de un momento comienza a notarlas—hizo una pausa, quizá esperando algún comentario de mí parte, pero no fui capaz de decir nada—. Yo soy un viajero de universos paralelos.

No tuve palabras para decir, solo me quedé callado con una expresión de incredulidad más que de sorpresa.

—Le explico —me dijo, al ver mi reacción—. Yo nací en Dvielitch, lo que corresponde a una parte de Rusia en este mundo. Cuando era niño, de siete años quizás, descubrí una especie de cueva en el patio de mi casa, una especie de madriguera pensé en ese entonces. Entré lentamente, cuando llegué hasta donde creí terminaba noté una pequeña luz, me metí un poco más adentro y me encontré con algo que parecía una carta, una hoja negra pequeña, algo que nunca había visto. Pequeños destellos salían de ella, la tomé con mi mano y sentí que se hizo gigante. Entonces, millones de círculos con imágenes indescifrables giraban y se movían delante de mí. De pronto me vi envuelto en ellas y pude distinguir a cada una. De manera natural me sentí atraído por la que más brillaba y pude ver lo que había en su interior. Era yo en otro mundo, mayor, mi cabello estaba cano y hacía cosas que no puedo describir. Toqué ese círculo con mi dedo índice y sin notarlo me encontré dentro de esa realidad. Cuando me di cuenta estaba sentado en una plaza, en un lugar desconocido, había niños jugando cerca, todos hablaban un idioma extraño, hasta el día de hoy no sabría decir cuál. Me asusté pero no supe a donde correr, miré a mí alrededor pero nada se me hizo familiar. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y una bola negra saqué —apuntó en ese momento el objeto que recién había dejado sobre la mesa—, pequeños destellos salían de ella. Instintivamente cerré los ojos y la tomé fuerte con las dos manos, cuando volví a abrirlos estaba en mi cama, en mi casa, todo era normal.

—Supongamos que te creo —le dije al ver que guardó silencio por un instante—, aun no entiendo porqué me cuentas esto, ¿qué puedo hacer yo por ti?

—Pronto lo sabrá Sr. Martin —me contestó, mirando la esfera sobre la mesa.

— ¿Quieres decirme que esta cosa es lo que te permite realizar estos viajes?

—Le pregunté inquieto.

—Así es —me dijo sin dejar de mirarla.

—Aun hay cosas que no me calzan Maximiliano, por ejemplo...

—El niño —interrumpió—. Lo sé Sr. Martin, eso es lo que pretendo explicarle ahora.

Tomo la esfera negra con sus manos y cerró los ojos, algo increíblemente inexplicable sucedió, sentí que me separaba de mi cuerpo, una extraña sensación de humedad me envolvió y de repente dejé de ver mis manos, mi cuerpo y mi alrededor se volvió oscuro. Incontables círculos destellantes aparecieron frente a mí, comenzaron a moverse despacio, pero cuando me di cuenta ya no supe si eran ellos o yo quien se movía.

En ese momento comprendí las palabras de mi amigo Vladimir, a lo que se refería cuando me decía que estábamos ante un suceso nunca antes visto. Maximiliano continuó.

—El caso del Maximiliano niño se arreglará hoy...

— ¿Cómo? ¿Cómo se arreglará? —Lo interrumpí exaltado.

—Escúcheme por favor —me dijo—. Los señores Jackson si son los verdaderos padres de Maximiliano, de un Maximiliano que habla inglés y que los reconoce a ellos como sus padres y que seguramente los extraña en este momento. Fui yo quién los cambió —quise decir algo pero no fui capaz—. Escuche Sr. Martin, hace unos días se produjo un fuerte temblor de tiempo entre los universos debido a un ciclo de viaje no cerrado. Sé que puede sonar extraño y difícil de entender, pero una versión mía de algún universo circundante lo creó provocando un desfase de tiempo, impidiéndome volver a mi lugar de origen.

—Sigo sin entender cómo se arreglará —le dije, sin saber como pronunciaba las palabras, perdido en medio de millones y millones de círculos destellantes.

—Verá —dijo y de un momento a otro, en lo que me pareció un pestañeo, estábamos otra vez en esa habitación, sentados alrededor de esa mesa redonda

y la bola negra encima—, el día que desperté en este mundo intenté regresar y no me fue posible, pude realizar viajes entre distintas realidades, pero nunca volver a mi universo de origen. Me quedé observando los círculos destellantes y de alguna manera inexplicable comprendí lo que sucedía, como si estos destellos me hablaran. Entendí entonces que debía juntar los cabos sueltos, unirlos y reparar el daño. Los doctores Smith y Stolichnov vinieron a mi mente junto con usted. Dos personas en este mundo están, experimentando una situación inexplicable para ellos, ambos despertaron el 21 de agosto sintiendo que su mundo ya no era el mismo, muchas cosas para ellos son iguales pero muchas otras no. Esas personas son mis padres.

La puerta se abrió levemente y dos personas entraron, era la Dra. Smith y mi amigo Vladimir. Una lágrima se me escapó, deslizándose por mi mejilla izquierda y sin saber porqué me eché a llorar, cubriendo mi rostro con ambas manos. Vladimir puso su mano en mi hombro y dijo:

—Tranquilo amigo mío, tranquilo.

Emilia

Los dos hombres siguieron su camino a pie en dirección hacia el centro. Emilia, que se encontraba recostada en la arena, intentó levantarse lo más rápido posible y seguirlos, pero le fue imposible. La arena y la distancia pudieron más que su interés. Caminó rápidamente hasta que llegó al automóvil, pero los hombres ya se habían perdido entre las calles.

Notó que el vehículo estaba abierto, entonces entró en él a ver si conseguía averiguar algo, pero no encontró nada. En la guantera había un par de paños de fibra y unas cuantas boletas de comida chatarra.

Se devolvió a la casa, pensando en lo que había visto. Sí, esa persona existía, pero quizás no era quién ella creía, ahora todo era distinto. ¿Y si tal vez el también la recordaba? ¿Y si la andaba buscando? Millones de cosas le revolvían la cabeza, haciéndole el tiempo volar.

No se dio cuenta cuando ya había llegado a la casa. Se metió a la ducha sin

poder dejar de pensar en ese hombre al que había visto, aunque no podía recordar su nombre, sabía que era una parte importante de ella y debía descubrir la forma de encontrarlo.

Salió de la ducha y el cansancio hizo su efecto en ella, se acostó y se quedó dormida casi inmediatamente, pensando y pensando en cómo hallarlo.

A las once de la mañana llegó Laura a la casa. Emilia se encontraba aun dormida.

—Emilita —le dijo en voz baja Laura para despertarla.

— ¿Laura? —Dijo, abriendo los ojos Emilia—. ¿Qué pasó?

—Te conseguí la hora con el doctor.

— ¿Qué?

—Lo que oíste —le repitió, mientras le quitaba de encima la manta—, te conseguí hora con el doctor y tenemos que irnos ya.

— ¡Ay! —Reclamó Emilia, aludiendo al sueño que la invadía.

Laura se fue al baño y abrió la llave de la ducha.

— ¡Vamos! Arriba, arriba. Se ha abierto una ventana en la agenda del doctor y debemos estar allá a las doce. Te he dejado corriendo el agua para que te des un baño rápido.

—Bueno —dijo Emilia, intentando levantarse de la cama.

—Ha estado bueno el vacilón de anoche parece, ¿no? —Bromeó Laura al ver a Emilia tan somnolienta, pero Emilia no le prestó atención y se metió a la ducha.

Una vez terminó y se vistió salieron hacia la consulta.

— ¿Dónde es? —Preguntó Emilia.

—En la calle Almanza. Me han dicho que es un psicólogo muy connotado en

su área.

— ¿Dónde lo encontraste?

—Nos lo recomendó un amigo de Héctor. Dijo que a su tía le hizo muy bien la terapia que le hizo.

Llegaron justo a tiempo a la consulta, realizaron el ingreso en recepción y se sentaron a esperar.

El lugar era una pequeña oficina de dos cuartos, uno que se ocupaba para atender a los pacientes y otro hacía de sala de espera, donde habían seis sillas para quienes esperaban y un escritorio para la recepcionista. Dentro de la consulta había un sillón reclinable para los pacientes y dos pequeñas mesas laterales con unos bambúes enanos. El piso era flotante y una alfombra lo cubría donde se llevaba la sesión. En las ventanas había persianas de madera, lo que le daba un ambiente bastante acogedor.

Emilia seguía pensando en el hombre que había visto en la playa, pero no sabía si contárselo a su hermana.

— ¿Cómo te sientes? —Preguntó Laura.

—Bien —contestó Emilia, haciéndose la distraída.

— ¿Bueno y me vas a contar como estuvo la salida anoche?

—Bien, harto baile y harto alcohol, ya sabes cómo son las chicas.

— ¿Algún galán aspiró a probar suerte? —Emilia rio.

—Algo hubo, pero no llegó a nada.

Justo en ese momento Emilia se había decidido a contarle el episodio de la playa a su hermana, pero la señorita de la recepción la llamó.

— ¿Señorita Emilia Prado?

—Aquí.

—Pase por favor.

— ¿Quieres que entre contigo? —Preguntó Laura. Emilia negó con la cabeza.

Emilia entró en la consulta algo escéptica, no sabía por dónde empezar, qué decir y cómo decirlo, no quería ser considerada una loca.

—Buenas tardes Emilia —le dijo el psicólogo—. Toma asiento.

—Hola —respondió ella.

— ¿Qué edad tienes? —Le preguntó—. Voy a comenzar preguntándote un par de datos personales para ponerme en contexto.

—Ok —contestó ella e hizo una pausa antes de seguir—. Ah, tengo 27 años.

— ¿A qué te dedicas?

—Estudio.

—Ok. Cuéntame que te trae por acá.

—Bueno —titubeó un momento Emilia y continuó—, hace unos días un episodio, por lo menos extraño, me ocurrió.

—Ok, ¿a qué le llamas extraño? —Emilia hizo una mueca en su rostro antes de contestar.

—Mmm... cuando lo escuche me entenderá —él le hizo un gesto con la mano derecha para que prosiguiera—. La mañana del domingo recién pasado desperté con la sensación de estar en una realidad diferente...

Emilia le contó lo que sucedió con el mayor detalle posible, pero no alcanzó a terminar su relato cuando ya se había acabado la sesión. La secretaria golpeó la puerta y se asomó.

—Lo siento Señor —dijo—, pero hay más pacientes esperando.

—Ok —contestó él—, terminaremos enseguida.

La secretaria cerró la puerta y el doctor se disculpó con Emilia y le pidió que al salir agendara dos sesiones seguidas para poder revisar bien el tema sin interrupciones. Así lo hizo Emilia al salir, pero no había disponibilidad hasta dentro de dos semanas. Laura estaba muy exaltada, quería saber cómo le había ido.

— ¿Qué te dijo? ¿Cómo te fue? —Le dijo.

—No pudimos hablar mucho porque como no era una sesión completa.

—Ok, ¿pero qué te pareció él a ti? ¿Te gustó como doctor? ¿Lo sentiste cercano? ¿Que te puede ayudar?

—Mmm, no sé —titubeó Emilia—. Solo hablé yo, así que no sé.

Salieron del lugar y Laura invitó a Emilia a almorzar. Se fueron a un restaurant que le encantaba a Laura en el otro lado de la ciudad. Mientras iban de camino Emilia aprovechó para contarle el episodio de la playa.

—Hay algo que quiero contarte Laura —dijo Emilia.

—Claro chiquita, dime.

—Pero necesito que no te vayas a enfadar conmigo —Laura puso cara de preocupación.

—Está bien —le dijo—, pero no me salgas con esas que me preocupas.

—Esta madrugada no me vine con Antonia a la casa. Sentí ganas de despejarme un poco, ya faltaba poco para el amanecer, así que me fui a la playa.

—Pero Emilia —reclamó Laura—, pudo haberte pasado algo.

— ¿En qué quedamos? —Protestó Emilia.

—Está bien —dijo Laura—, es que no puedo evitar preocuparme.

—Algo sucedió mientras estaba ahí —Laura detuvo el carro y tomó a Emilia

de la mano.

— ¿Te sucedió algo? ¿Estás bien? —Le preguntó.

—Sí, no te preocupes —contestó Emilia algo irritada—. ¿Recuerdas que te hablé de un novio? ¿Que según mis recuerdos yo debería tener novio?

—Sí, claro.

—Bueno, esta mañana lo vi en la playa. No puedo recordar su nombre, pero estoy segura que era él.

Laura se quedó callada un momento, en realidad no entendía nada. Le parecía que Emilia estaba empeorando. Para ella, toda esta historia era otra razón más para hacer que un buen médico tratara a su hermana.

Bajaron del vehículo y entraron en el restaurante. Se sentaron en una mesa junto a la ventana y Laura continuó.

— ¿Hablaste con él? —Le dijo.

— ¿No me crees verdad? —Contestó Emilia.

—Te creo, claro que te creo. Pero cuéntame que ocurrió. ¿Te vio? ¿Hablaron? ¿Qué pasó?

Emilia continuó con su relato, un poco desganada, sentía que Laura no le creía y por lo mismo ya no se sentía tan segura de haberle contado. Pero en quién más confiar si no en su hermana.

Fue en ese momento en que dos hombres entraron en el restaurant. Emilia enmudeció y se puso pálida al verlo.

— ¿Qué te sucede? —Preguntó Laura.

—Está aquí —respondió Emilia, casi sin mover los labios.

Laura se volteó y vio a los hombres que tomaban asiento un par de metros más allá.

—Cálmate —le dijo—. ¿Cuál de los dos es, el rubio?

—El otro —susurró despacio Emilia.

En ese instante sus ojos y los de Ricardo se cruzaron en una mirada que pareció detener el tiempo. Ambos se reconocieron en seguida, pero sin saber quien era realmente el otro.

Ricardo

Decidieron abandonar el automóvil en ese lugar y seguir a pie. Caminaron hacia el centro de la ciudad, buscando donde esconderse.

— ¿Hacia dónde vamos? —Preguntó Ricardo.

—Debemos buscar un lugar donde quedarnos por ahora, planear una estrategia y luego ejecutarla.

Llegaron a una casa en un callejón, se veía un poco abandonada.

—Nos quedaremos aquí —dijo Maximiliano.

— ¿Conoces a los dueños o algo? —Maximiliano lo miró con cara de hastío—. Ok, ya entendí.

Ingresaron por la puerta trasera, al parecer la casa llevaba un tiempo sin habitar. El olor a encierro y el polvo sobre los muebles lo confirmaba.

—Ok —dijo Maximiliano—, ¿sabes de qué tratan esos documentos que robamos?

—La verdad, no. El que lo sabía era Lepori, pero ya no podemos preguntarle —meditó un instante y continuó Ricardo—. ¿No crees que debemos hablar con Joe?

—No lo creo, a estas alturas ya debe saber lo que sucedió y lo más probable es que hayan ido por él. Lo mejor será que examinemos los documentos y veamos qué podemos obtener.

Sacaron uno a uno los documentos, pero no pudieron atar ningún cabo, estaban escritos en un idioma extranjero que ninguno podía interpretar.

— ¿No entiendes qué dicen? —Preguntó Ricardo—. Digo, tú eres extranjero, ¿o no? Hablas con acento.

—Puede ser que sea extranjero —respondió Maximiliano—, pero este idioma no lo hablo, al parecer debe ser hindi o algo así.

En ese momento sonó el teléfono celular de Ricardo, era el mismo número que llamó el otro día, exigiéndole el dinero. Vaciló un instante en contestar, él y Maximiliano se miraron.

—Aló —dijo, mientras ponía el teléfono en alta voz.

—Hola Richy —contestó el hombre al otro lado del auricular.

— ¿Jefe Khan? —Preguntó con voz temblorosa Ricardo.

—Ja ja —rio el hombre—, no me digas jefe, Richy. ¿Cuántas veces te lo debo decir? Para los amigos soy Gulzari.

—Es que como el otro día no fuiste tan amistoso —dijo Ricardo.

—Bueno, lo siento. Pero ya sabes cómo son estas cosas. Hemos tenido nuestros encuentros, pero la amistad siempre la hemos mantenido, ¿o no?

—Supongo que si...

—Además, tú tampoco te portaste bien conmigo, haciéndote el que no sabías quién era. Pero bueno, no te llamo para hablar de estas tonterías. Necesito que hagas un trabajo para mí.

— ¿Qué clase de trabajo?

—No te lo puedo decir por este medio. Necesito que te vengas lo antes posible. ¿Puedes? —Ricardo y Maximiliano se miraron.

—Tendrías que darme un par de horas por lo menos.

—Ok, te espero. Pero date prisa —dijo y cortó el teléfono.

— ¿Qué hacemos entonces? —Preguntó Ricardo a Maximiliano.

—Arriesgarnos —respondió—. Al parecer no sabe que hemos sido nosotros.

— ¿Y si es una trampa?

—Vamos a tener que confiar. De todas maneras te ha llamado a ti, no a mí. Tendrás que ir tú. Yo me moveré por otro lado a ver si consigo entender de qué se tratan los documentos.

—Ok.

Salieron de la casa en que se encontraban, intentando dejar todo tal cual estaba. Caminaron por una calle bien transitada y entraron a un restaurante. Ya era la hora del almuerzo y no habían comido nada desde el día anterior.

No alcanzaron a sentarse cuando Maximiliano le pidió a Ricardo que se fueran de ese lugar.

— ¿Qué pasó? —Preguntó Ricardo.

—Conozco este lugar y he tenido algunos problemas con el dueño, no lo noté desde afuera, pero adentro lo reconocí y créeme no quieres saberlo.

—Está bien —dijo Ricardo—, ¿viste a las mujeres que estaban sentadas dentro?

—La verdad, no me fijé —dijo Maximiliano.

—Me pareció que conocía a una de ellas, pero no puedo recordar su nombre.

—Hay cosas más importantes ahora que andar haciéndote el galán, ¿no crees?

Ricardo no respondió, pero se quedó pensando en esa mujer, la recordaba perfectamente, era su novia, la novia que tenía antes de despertar en esta realidad, lucía algo distinta pero sin duda era ella. Pero por algún inexplicable motivo no podía recordar su nombre.

Entraron en un restaurante de la calle contigua y ordenaron el menú del día.

— ¿Sabes cómo llegar a la casa del Jefe Khan desde aquí? —Preguntó Maximiliano.

—Sí, creo que sí —respondió Ricardo, mientras miraba a su alrededor como, intentando ubicarse.

—Debes llegar haciéndote el que no sabes nada, para que no sospeche.

—Sí, tranquilo. Lo que realmente me preocupa es que sea una trampa.

—Puede ser, pero de ser así no creo que te agarre de inmediato. Lo más seguro será que trate de persuadirte. Debes cambiarte de ropa, no debes verte cómo estás cuando llegues allá.

—Pero no puedo pasar a la casa. Tardaría mucho en llegar.

Maximiliano sacó del bolso unos cuantos billetes y se los pasó a Ricardo.

—Toma, cómprate algo de ropa —le dijo.

— ¿Cómo es que no hemos tenido noticias de Joe? —Preguntó Ricardo, mientras recibía el dinero.

—Pronto lo sabremos —contestó Maximiliano.

Salieron del lugar, Ricardo se dirigió hacia la casa del jefe Khan y Maximiliano en rumbo desconocido. El lugar estaba un poco lejos de ahí, así que Ricardo tardó unas dos horas en llegar.

Respiró profundo al cruzar la calle. Se acercó y antes de que alcanzara a anunciarse la puerta se abrió. Al ingresar un hombre lo empujó contra la pared y se aseguró de que no viniera armado. Lo hicieron pasar, escoltado por dos tipos de muy mal aspecto, los que seguramente lo conocían, ya que le hablaban con cierto aire amistoso, pero Ricardo se mantuvo callado. Cruzaron con él el enorme jardín y la galería, cuando llegaron hasta el hall lo dejaron. Alrededor de un minuto tardó en aparecer Gulzari Khan.

— ¿Cómo estás, Richy? —Le dijo, estrechándole la mano.

— ¿Qué tal? —Respondió Ricardo.

—No tan bien cómo quisiera —indicó, mientras lo invitaba entrar, haciéndole

un gesto con la mano izquierda—. ¿Supiste algo de lo que me pasó?

—No lo creo —dijo Ricardo.

—Tus amigos se metieron a mi casa en el Campo, se robaron unos documentos importantes y se fueron.

— ¿Mis amigos? —Exclamó Ricardo con voz débil.

— ¿Acaso no son tus amigos los hombres de Joe?

Llegaron hasta el otro extremo del lugar, donde los esperaba un vehículo todo terreno.

—Súbete —le pidió—. Quiero mostrarte algo.

Se subieron al vehículo y se adentraron en el campo. Todo ese lugar era de su propiedad, hectáreas y hectáreas de campo silvestre. Llegaron hasta un terreno donde se asomaba un galpón entre los matorrales.

—Fueron tres hombres los que entraron, uno de ellos era Lepori, pero a los otros dos no pudimos identificarlos —le explicaba el jefe Khan a Ricardo.

— ¿Y por qué no fue con Lepori? —Exclamó Ricardo, intentando parecer que no sabía nada.

—Ja ja —rio Gulzari—. Tú y tu sentido del humor —entraron en el lugar y uno de los hombres que se encontraba ahí, descubrió un bulto que había en el suelo, tras un gesto de Gulzari—. No creo que Lepori pueda decirnos mucho.

El bulto correspondía al cuerpo de Lepori, el cual tenía la cabeza reventada por la potencia de la bala que le había dado. Ricardo se espantó al verlo y casi vomita de la impresión.

—Ja ja —rio el jefe Khan—, nunca has sido bueno para estas cosas, ¿no? Mi sobrino le dio, pero los otros se escaparon. Encontramos una camioneta estacionada en un sitio eriazo cerca de la hacienda, ningún rastro de ellos.

— ¿Cómo sabe que fueron hombres de Joe?

— ¿Acaso Lepori trabajaba para alguien más? Escucha Richy, necesito que me ayudes a encontrar a esos bastardos.

— ¿Pero cómo podría ayudarlo yo? —Preguntó Ricardo, aun con el estómago revuelto.

Caminaron hacia el fondo del galpón, donde había una pequeña mesa con un maletín sobre ella.

—Sé que eres amigo con Joe y nunca te juzgué por eso, a pesar de que conoces nuestras diferencias. Pero lo que sucedió es demasiado grave —tomó el maletín y se lo entregó a Ricardo—. Ahora necesito que me demuestres tu lealtad. En ese maletín hay dos millones de dólares, son todos tuyos. Tendrás dos más cuando regreses con lo que me robaron. Tienes tres días, eso si no quieres acabar como Lepori.

Ricardo se fue a su casa, pensando qué hacer. Si el jefe Khan no había ido tras Joe, entonces en cualquier momento éste los buscaría a él y al Rucio. Tomó el tranvía y se bajó dos cuadras antes de lo que correspondía, caminó sin mirar hacia atrás. Justo cuando iba llegando a la casa apareció Maximiliano en un automóvil antiguo.

—Súbete —le dijo—. No podemos quedarnos en tu casa.

— ¿Y este auto? —Preguntó Ricardo.

—No quieres saberlo —respondió Maximiliano—. ¿Cómo te fue?

—Parece que los documentos que robamos son muy importantes, tengo dos millones de dólares en este maletín y dijo que me daría dos más cuando le lleve los papeles, me dio tres días de plazo. ¿Has sabido algo de Joe?

—No, debe creer que la misión fracasó y que estamos muertos, me estuvo llamando uno de sus hombres, pero no les contesté. Lo más probable es que hayan ido a tu casa y a la mía y al no encontrarnos hayan creído que no lo logramos.

— ¿Qué hacemos ahora?

—Busquemos un lugar en el que estemos a salvo y veamos.

Se fueron a un hotel en el centro, un lugar muy concurrido para mezclarse entre la gente. Pidieron una habitación y durmieron durante horas, llevaban bastante ya sin hacerlo y el cansancio les tenía vencidos.

Ricardo despertó de golpe a eso de las 3:00 am. Se levantó de la cama y se asomó por la ventana. A pesar de la hora, mucha gente transitaba por la calle.

—Pensé que no despertarías nunca —dijo Maximiliano, haciendo saltar del susto a Ricardo.

—El cansancio me ganó —replicó éste.

— ¿Tienes gente aquí? —Preguntó el Rucio.

— ¿A qué te refieres? —Contra preguntó Ricardo.

—En la ciudad, ¿seres queridos? ¿Familia?

— ¿Por qué la pregunta?

—Tengo un plan, pero es algo extremo.

—Explica entonces.

—Si el Jefe Khan quiere sus documentos de vuelta se los damos. Si Joe cree que estamos muertos estaremos muertos.

—No entiendo —dijo Ricardo, confundido.

—Escucha, mañana a eso de las once de la noche un buque de carga, el Zimmerman, zarpa destino a Inglaterra. Tengo a alguien que nos puede ayudar a entrar como miembros de la tripulación —Ricardo miraba intrigado a Maximiliano, mientras éste hablaba—. El buque tarda alrededor de un mes en llegar a puerto, nadie sabrá donde estamos y los problemas de Joe y el jefe Khan ya no serán nuestros.

—No lo sé —dijo Ricardo, mientras se sentaba en la cama—, a penas y te

conozco.

—Jajá —rio Maximiliano—, no te estoy proponiendo matrimonio. Mira Richy, allá tú si quieres hacerlo o no, yo me iré en ese buque. Tú puedes quedarte si gustas y afrontar las consecuencias solo.

A las cinco de la madrugada Ricardo llamó a Gulzari Khan desde el teléfono de la habitación para no ser reconocido.

—Tengo sus documentos —le dijo.

— ¿Dónde te mando pasar a buscar? —Contestó con alegría el jefe Khan.

—Necesito garantías...

—No te preocupes que los hombres de Joe no podrán hacerte nada — interrumpió el hombre.

—Este será mi último trabajo, luego se olvidará que existo.

—Está bien —contestó sorprendido el jefe Khan—. Te lo has ganado Richy, ¿qué más te puedo pedir?

—Una cosa más —dijo Ricardo.

—Necesito que te comprometas conmigo de que a la bonita no le pasará nada.

—Con esto ya me estás ofendiendo Richy, sabes que siempre la he cuidado, antes de ser tu chica es mi sobrina. Mi familia antes que todo.

—Puedes dejar el dinero restante en el casillero 531 del Strip Center de la calle 25 de mayo. Una vez me cerciore de que está todo te indicaré donde están tus papeles.

—Así será —no alcanzó a terminar la frase cuando Ricardo colgó el teléfono.

El casillero 531, estaba adulterado, el hombre de Maximiliano lo utilizaba regularmente para traficar metanfetamina. El fondo del casillero daba hacia un

baño público, al cual se accedía por la calle trasera.

A las seis treinta de la mañana los hombres del Jefe Gulzari Khan aparecieron en el Strip Center y depositaron una bolsa en el casillero indicado. Maximiliano los monitoreaba desde lejos. Esperaron un par de minutos y se fueron. Para asegurarse, Maximiliano le dio veinte dólares a un vagabundo para que se acercara a la zona de los casilleros, esperando que los hombres de Khan lo interceptaran pero eso no ocurrió. Al parecer Gulzari había cumplido con su parte.

Verificado entonces, Maximiliano se dirigió hacia el baño público y sacó la bolsa, el contenido dentro de ella era el dinero acordado. Le envió un mensaje a Ricardo, quien pasó por él a los dos minutos en el automóvil. Avanzaron unos tres kilómetros y se detuvieron en la intersección de las calles Vergara con La Concepción y dejaron el bolso con los papeles de Gulzari en un basurero.

A las ocho en punto Ricardo llamó al jefe Khan nuevamente.

—Sus papeles están en el único basurero que hay en la esquina de las calles Vergara y La Concepción.

—Espero que no me estés embaucando —dijo Gulzari.

—No me atrevería a hacerle eso señor —respondió Ricardo—. Y muchas gracias por haber cumplido con el trato—, no esperó que contestara y cortó.

Ricardo pasó a dejar a Maximiliano al puerto y siguió.

— ¿Dónde vas? —Preguntó el Rucio.

—Tengo un asunto que atender, espero no te moleste.

—No, ya se me ocurre que puede ser. Solo recuerda que debes estar acá antes de las tres, debemos ingresarnos a la tripulación.

—No hay problema —contestó con una sonrisa.

Avanzó un par de kilómetros hasta que encontró un teléfono público y llamó a Susana.

—Hola bonita —le dijo con voz tierna.

—Hola Ricardito, ¿cómo estás? —Contestó ella con voz preocupada.

—Escucha, necesito que nos veamos, ¿te puedo encontrar en la plaza mayor en unos cuarenta minutos?

—Sí, creo que sí —dijo ella, mientras miraba la hora.

—Asegúrate al venirte de que no te sigan, si es necesario cámbiate de transporte un par de veces.

No esperó a que ella contestara y cortó el teléfono. Se quedó vigilando el lugar, asegurándose de que a él tampoco lo siguieran.

Susana llegó a la hora indicada, un poco antes quizás, pero Ricardo no fue en busca de ella inmediatamente, esperó a estar seguro que de ninguna de las cuatro esquinas alguien sospechoso se asomara. Entonces fue por ella.

Se dirigieron hacia un sitio concurrido, un mall, para mezclarse con la gente. Ricardo le explicó la situación y lo que iba a hacer. Susana soltó un par de lágrimas, pero desde ese domingo ella ya sabía que lo había perdido y no reclamó.

Ricardo sacó un par de fajos del bolsillo de la chaqueta y se los entregó.

—Aquí tienes cien mil dólares para ti —le dijo.

— ¿Qué? —Dijo ella, sorprendida—. No, no quiero dinero.

—Por favor Susana, recíbemelo. Necesito saber que estarás bien. Debo irme ya. Gracias por todo.

La besó en los labios y caminó hacia cualquier dirección, perdiéndose rápidamente entre la gente.

Antes de las tres se encontró con Maximiliano en el puerto, les asignaros sus literas y sus deberes. El trabajo sería pesado pero valía la pena.

A eso de las once estaban, zarpando destino puerto de Londres.

Maximiliano

Los planes de Maximiliano eran juntar a las personas que supuestamente estaban experimentando realidades distintas, llevarlos con nosotros y realizar una especie de ritual, en el cual él, a través de esa esfera negra los devolvería a cada uno a su realidad. Pero había un problema, ellos no podían verse, ni encontrarse, ni saber el uno del otro. Si esto sucedía corrían el riesgo de quedar atrapados en este universo sin posibilidad de volver y las consecuencias de esa paradoja eran desconocidas.

Lo escuchamos atentamente y entendí sus miedos y afanes, pero había algo que aún no comprendía, que no me cuadraba. ¿Cuál era mi rol y el de los doctores Smith y Stolichnov en todo esto? A mi parecer, si era una cuestión suya y de sus supuestos padres, él perfectamente debería poder realizar esta actividad solo. A fin de cuentas, de todas maneras la ejecutaría él y nosotros seríamos meros espectadores.

—Tiene usted razón —dijo—. Sin embargo, también se equivoca. Es verdad que somos mis padres y yo los involucrados, quienes necesitamos esto. Pero ustedes tres son de suma importancia también. Verá Sr. Martin, de una manera inexplicable he sabido que han de ser ustedes a quien recurrir y mire donde estamos.

No refuté sus palabras, pero no pude creer lo que decía, ¿qué era eso? Era cierto que había experimentado un episodio inexplicable hace tan solo unos minutos junto a él, pero mi escepticismo era mayor.

Acordamos los pasos a seguir y los doctores se fueron. Llevaríamos a cabo el hecho dentro de cinco días. Vladimir se ofreció a llevarme a la ciudad, pero me negué. Inventé que pasearía por el lugar, ya que no lo conocía.

Esperé a que ellos se marcharan y me quedé, espiando desde lejos a Maximiliano, a ciertos metros de la casa para que no me descubriera. Vagamente podía ver desde la ventana sus movimientos. Noté que tomó la esfera, me pareció que la guardó en algún lugar pero no fui capaz de ver dónde.

Luego de eso salió de la casa, tomó el auto y se fue. Me acerqué y traté de ingresar, pero la puerta estaba cerrada con llave. En el segundo piso una ventana sin protecciones se veía entre abierta, el tema era ahora llegar hasta ahí. Escalé con dificultad un árbol lateral y me deslicé por una rama que llegaba cerca de la ventana, salté y por poco no alcanzo a afirmarme. Me tomé de la cornisa y arrastré mi cuerpo hasta que alcancé el marco de la ventana.

Ingresé, me sacudí un poco la ropa y bajé las escaleras, dirigiéndome hacia la habitación donde habíamos estado hace un rato. ¿Dónde podría haber metido esa esfera? Como era pequeña podía estar en cualquier lugar. Revisé uno a uno los cajones, los floreros y las estanterías. Cuando ya estaba por darme por vencido, en una reacción espontánea miré hacia una biblioteca de madera que se encontraba en el fondo del despacho, no tenía cajones, había una incontable cantidad de libros en ella, uno de ellos llamó mi atención. Era el más grande, desentonaba un poco con los demás, tenía la inscripción “RME” en la tapa. Lo tomé, a estas alturas ya me había olvidado de qué andaba buscando, lo abrí con mi mano derecha y ahí estaba, envuelta en un paño blanco, en un compartimiento hecho a medida, recortando las hojas de algodón.

La saqué cuidadosamente y la puse sobre la mesa, la desenvolví y la tomé con mi mano izquierda, coloqué mi mano derecha sobre ella y en un pestañeo aparecí sentado en un lugar diferente. Era una habitación sin esquinas, las paredes lucían de manera extraña, podía ver el cielo a través de ellas, un cielo de color verde con nubes azules y el horizonte se veía gris.

—Sr. Martin —me dijeron. Me volteé y un hombre anciano de apariencia extraña se encontraba detrás de mí. Llevaba unas vestimentas raras, como una piel de animal sin pelo, seca, con broches metálicos en los costados.

— ¿Dónde estoy? —Le dije.

— ¿Es usted Martin Julio? —Me preguntó, mientras se rascaba la larga barba.

— ¿Dónde estoy? —Le volví a preguntar, luego de asentir con la cabeza a su interrogación.

—Eso no puedo responderse —me dijo—. Lo que sí le puedo decir es que Maximiliano no es quien dice.

En ese momento se dio la vuelta y caminó hacia una especie de puerta, la cual se abrió sin que la tomara. Me llamó la atención que al caminar no movía los pies, era como si flotara, como si se deslizara.

— ¿Cómo sabe quién soy? —Le pregunté.

—No puedo darte ninguna información, lo siento.

—Pero... por favor —le supliqué—, al menos dígame cómo puedo volver. Ayúdeme.

—Escucha —me dijo, mirándome fijamente a los ojos—, si haces lo que Maximiliano les ha pedido, todo lo que conoces desaparecerá.

— ¿Cómo es que sabe usted eso?

—Ja ja ja —rio con gracia y me dijo—. Estás en los libros.

Un destello de luz me segó en ese momento, cerré los ojos instintivamente y me tiré al suelo. Cuando volví a abrirlos estaba de vuelta en la casa de Maximiliano, tenía el libro en mi mano y la esfera estaba envuelta exactamente como antes de sacarla. Miré a mí alrededor y todo era exactamente igual, había regresado. Lo único que me llamó la atención fue que antes de eso el día estaba nublado, casi que llovía y ahora el sol pegaba fuerte en el ventanal, pero no le di importancia.

Dejé el libro en su compartimento y salí de la casa. Caminé hasta que llegué a un pequeño restaurant, ingresé y me senté en una de las mesas. Un hombre robusto se me acercó y sin decir nada comenzó a poner cubiertos y servilletas, como preparándome la mesa para almorzar.

—No gracias —le dije—, solo necesito descansar un poco, lo que si voy a necesitar es un taxi.

—Sorry —me contestó en Inglés—, I do not speak that language[10].

—Ok, I'm very sorry —respondí—. I don't want to have a lunch; I'm just taking a little rest. I need a taxi.[11]

—Uhm —exclamó y luego continuó—. It is ok, but you have to lunch, later you'll get your cab.[12]

Hizo un gesto a una jovencita que se encontraba en la barra y se fue, ella se acercó con un plato ya servido.

—What is this?[13] —Le pregunté.

—Shepherd's pie —me respondió—, our specialty.[14]

El hombre volvió con una botella de vino y me sirvió un poco en un vaso.

—Enjoy it[15] —me dijo y se marchó.

Comencé a comer y la niña me preguntó si quería que encendiera el televisor, le dije que bueno y al hacerlo en el canal de las noticias mostraban que el niño Maximiliano, desaparecido hace ya varios días, había sido encontrado. Según el relato, llevaba todo este tiempo en casa de una tía en las afueras de Londres. ¿Cómo había llegado ahí? Era un misterio. Sin embargo, nadie hizo mención a eso y los padres tuvieron que ofrecer disculpas públicas a la clínica de la Universidad de la Dra. Smith, la cual, en una rueda de prensa, dijo sentirse muy feliz de que todo hubiera terminado bien y que los padres pudieran estar nuevamente con su hijo.

Una vez me terminé la comida, se acercó la muchacha con un postre, una panna cotta muy bien adornada, no fui capaz de negarme. Mientras lo disfrutaba, el pensamiento de lo que me había dicho ese hombre en ese extraño lugar se me vino a la mente. ¿Estaría volviéndome loco? ¿O sería que esas palabras traían en sí mismas un mensaje? Intenté recordar todo con el mayor detalle posible, pero lo que mejor recordaba eran esas palabras: *“Si haces lo que Maximiliano les ha pedido, todo lo que conoces desaparecerá”*.

Le pedí la cuenta a la muchacha, pero no aceptaron mi dinero.

—Don't worry Sir —me dijo—. It's a pleasure to us.[16]

—No, no —reclamé—, I want to pay for it.[17]

—Sir —me dijo el hombre robusto—, your cab is waiting. Please, join me.[18]

Prácticamente me obligó a salir del local y efectivamente afuera había un taxi esperándome.

—Thank you for coming[19] —me dijo, mientras abría la puerta del vehículo.

Me subí sin entender qué ocurría y le pedí al conductor que me llevara al hotel en el que me estaba alojando. No alcancé a llegar cuando Vladimir me llamó a mi celular.

—Julio, necesitamos que te vengas lo antes posible a la clínica.

— ¿Qué sucedió? —Le pregunté.

—Nada malo, no te preocupes —me dijo—, ¿dónde estás?

—En el centro, en un taxi —le contesté—, voy enseguida.

—Cambiamos el destino —me preguntó el taxista en un perfecto español.

— ¿Habla usted el español? —Le dije sorprendido.

—Estoy para servirlo —me contestó.

—Pero usted si me va a cobrar, ¿verdad? No como los del restaurante.

—Eso sí, no podría ser de otra manera señor.

Llegamos a la clínica y le pagué lo que marcaba el taxímetro. Hasta el día de hoy no me explico que pudo haber sido lo que ocurrió en ese restaurante. Pero en ese instante no podía detenerme en ello, debía saber para qué me necesitaban los doctores Smith y Stolichnov.

Llegué hasta la oficina de Erín y en ella había una joven esperándome

—Buen día Sr. Martin —me dijo la Dra. Smith—. Su paciente, Emilia Prado acaba de llegar.

Emilia

—Creo que él también te ha reconocido —exclamó Laura.

Maximiliano tomó del brazo a Ricardo y salieron del lugar sin ordenar nada para comer. Emilia y Laura se miraron a los ojos, en un acto íntimo de complicidad, y ambas pensaron lo mismo y lo dijeron al unísono.

— ¿Los seguimos? —Se preguntaron la una a la otra y se levantaron de la mesa.

Por poco y salen sin pagar. Laura sacó torpemente un par de billetes grandes y los dejó en la mesa. Estaba nerviosa, comprendió que su hermana no mentía, que todo lo que le había dicho era verdad. No podía estar equivocada, ese muchacho también conocía a Emilia, lo había notado en esa mirada que se dieron.

Salieron del restaurante, pero no hallaron por donde seguirlos, se escabulleron tan rápidamente que por más vueltas que dieron por los alrededores no pudieron encontrarlos.

Los días pasaron y Emilia no volvió a encontrarse con Ricardo. Comenzó a asistir a las sesiones con el sicólogo, pero sentía que no llegaban a nada. Ella hablaba, él escuchaba y luego la interrogaba, intentando hacer que sus pensamientos se enredaran, al menos eso sentía Emilia.

Laura no volvió a tocar el tema, prefería seguir creyendo que la terapia ayudaría a su hermana. Sin embargo, dentro de sí misma sabía que lo que ocurría no era algo que pudieran curar con ninguna terapia.

El 11 de noviembre, el doctor le pidió a Emilia que entrara con su hermana a la consulta, llevaban poco más de un mes en terapia y dijo que tenía algo importante, algo que quería compartir también con Laura.

—Escúchenme —les dijo—. Hay un famoso sicólogo llamado Julio Martín, es reconocido por sus investigaciones acerca del estado de fuga. El cual, es un diagnóstico que he estado barajando para tu caso Emilia, pero aun tengo mis

dudas —las dos hermanas se miraron intrigadas—. El asunto es que el Sr. Martin ha comenzado una campaña para reunir pacientes diagnosticados. Atenderá de manera gratuita en la clínica HMD de Londres a quienes acepten participar en su investigación. Yo puedo recomendarte para dicho estudio, obviamente si así ustedes lo desean.

—Pero, ¿quién puede asegurarnos que eso nos ayudará? —Preguntó Laura—. Quiero decir, ¿ni siquiera nos ha explicado que significa eso del estado de ida?

—De fuga —corrigió el doctor—. No hay de qué preocuparse. Es verdad que no es algo común, pero ha habido casos notables y el Dr. Martin es una eminencia en ello, además está siendo asesorado por dos muy reconocidos siquiátras.

—Está bien —repuso Laura—, pero sigue sin decirnos qué es eso del estado de fuga y cómo es que aplica a Emilia.

—Verán, en términos generales, un estado de fuga se produce cuando por alguna razón la persona deja de reconocer parcialmente o en casos extremos completamente su entorno, generando inclusive recuerdos falsos.

—Entonces, ¿quiere decir usted que eso puede estarle ocurriendo a Emilia?

—Puede ser posible, si.

— ¿Qué crees tú hermanita? —Preguntó a Emilia, Laura. Ésta contestó encogiéndose de hombros.

—Miren —repuso el sicólogo—, esta es una muy buena oportunidad y de todas maneras, si no fuera ese el diagnóstico real, estoy seguro que ese gran grupo de profesionales te podrán ayudar. No tienen que responderme ahora, pero piénsenlo. Yo tengo hasta el viernes para contestar.

Emilia y Laura salieron de la consulta, analizando los pros y contras de lo expuesto por el doctor. A Laura le parecía muy posible ese diagnóstico en Emilia, pero Emilia sentía que eso no podía ser cierto.

Salieron del ascensor y un hombre rubio, alto, con lentes oscuros subió

cuando ellas bajaron. Emilia no lo miró, pero Laura tuvo la sensación de haberlo visto antes, se volteó para verificar y se dio cuenta, era el hombre que acompañaba al supuesto novio de Emilia cuando estaban en el restaurante aquel día.

Julio

Sentía cada centímetro de mi piel húmedo, casi no podía abrir los ojos y a pesar de sentir mi garganta seca noté que babeaba sobre la sábana.

Sentí un pinchazo en mi glúteo derecho y un líquido denso comenzó a entrar lentamente en mi flujo sanguíneo. Podía oír las voces de ellas a mí alrededor. La inyección me hizo perder aún más las fuerzas, pero gané en lucidez y logré despegar un poco mis párpados. Intenté darme vuelta pero me fue imposible mover músculo alguno, traté de gritar pero solo balbuceos salieron de mi boca.

—Tranquilo Sr. Martin —pronunció una voz suave—. Ya falta menos.

Entre dos hombres me tomaron y me dieron vuelta, estaba sobre una camilla de hospital, en una sala con paredes blancas, con diversos equipos electrónicos y fuertes luces en el cielo falso.

Mi vista estaba borrosa, no pude distinguir los rostros de las personas a mí alrededor. Por más que intenté decir algo no logre hacer que mi lengua se moviera y soné a balbuceos. Una de las mujeres me puso un catéter a la vena en el brazo derecho.

—Con esto se va a dormir y cuando despierte estará mejor. Tranquilo, relájese —me dijo, mientras me secaba la saliva que caía de mi boca.

Me sacaron de esa habitación y me llevaron a través de un pasillo. Por alto parlantes se oyó: “Enfermera Emilia Prado, presentarse en recepción”. Avanzamos un poco y nos detuvimos. Oí que conversaban entre ellas.

— ¿Para qué me necesitan? —Preguntó.

—Déjame consultar —sentí el marcar los botones de un teléfono—. ¿Quién necesita a Emilia? Ok —colgó.

— ¿Para qué es entonces?

—Te busca tu hermana Laura, pero dijo que no te preocuparas, que ella te espera.

—Ok, gracias.

Seguimos avanzando hasta que se detuvieron, ingresamos en una habitación sin ventanas, solo podía ver la fuerte luz artificial que emanaba desde el cielo falso, tuve que cerrar los ojos ya que ésta no me permitía tenerlos abiertos. La enfermera dio instrucciones a los hombres que la acompañaban, los cuales me tomaron uno de cada lado y me cambiaron a una cama. Ella me quitó el catéter del brazo y todos salieron de la habitación.

Lentamente fui, cayendo en un sueño intenso, la luz en la habitación se volvió oscuridad y comencé a sentir la humedad en mi cuerpo. De pronto me encontré en un mar de pequeños círculos destellantes. No podía verme las manos, no podía verme los pies. Solo existía este paisaje infinito. Presté atención a uno de los círculos y me vi a mí mismo en una escena de mi infancia, no podía reconocer el lugar, pero sabía que era yo. Comencé a examinar cada uno de los pequeños círculos destellantes y en todos pude verme en distintas etapas de mi vida, en algunas era un niño, en otras un hombre mayor, reconocía algunos lugares pero muchos otros no. Uno de los círculos me mostraba durmiendo, ya era un anciano, sin duda era mi imagen del ahora mientras dormía.

De repente el espacio a mi alrededor comenzó a moverse rápidamente, al menos eso me pareció al principio, después de un rato no pude distinguir si era el espacio a mi alrededor o yo lo que se movía. Todo se oscureció otra vez.

Ricardo — Maximiliano — Emilia

El buque recaló a eso de las cinco de la mañana, nadie los esperaba en el puerto. Entregaron el turno al capitán y abandonaron la nave.

— ¿Y ahora qué? —Preguntó Ricardo.

—Tengo un automóvil en el estacionamiento —respondió Maximiliano.

Caminaron hasta el vehículo y se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

— ¿Ya has estado en Londres? —Preguntó Maximiliano.

—Creo que en realidad no —respondió Ricardo—, pero por dentro siento que sí.

—Quizás en otra vida —dijo Maximiliano—. ¿Quieres contarme eso de lo que hablaban los hombres de Joe?

— ¿Qué cosa?

—No tienes que preocuparte, no te tildaré de loco. De hecho, conozco a alguien aquí que puede ayudarte.

—No sé de qué hablas —dijo molesto Ricardo.

— ¡Tranquilo! Puedes confiar en mí. Algo entiendo de esas cosas. Viajes entre mundos paralelos y eso.

Ricardo no contestó y giró su mirada hacia la ventana, el resto del camino no pronunciaron palabra alguna. Llegaron finalmente a un hotel en el centro, alquilaron una suite con dos habitaciones y se acomodaron.

Maximiliano fue al cuarto de Ricardo y le dijo que iba a salir.

— ¿Dónde vas? —Preguntó Ricardo.

—Tengo unos conocidos que nos pueden facilitar mejor alojamiento y más barato, al menos hasta que nos acomodemos.

—Espera —exclamó Ricardo—, ¿quién es la persona de la que me hablaste en el camino?

—Solo bromeaba, no te preocupes. Si no quieres compartirlo conmigo lo entiendo.

—No, espera. ¿De verdad conoces a alguien que puede ayudarme? ¿Quién es?

—Es un psiquiatra amigo mío, entiende bastante de estas cosas.

— ¿Puedes llevarme con él?

—Claro, pero no puede ser ahora. Todo a su tiempo. Pero no te preocupes, ya está hecho.

Saludé a la muchacha cordialmente y me disculpé con ella, entonces le pedí a la Dra. Smith que habláramos afuera un momento

— ¿Qué significa esto? —Le pregunté.

— ¿Qué pasa Sr. Martin? Es lo que planeamos con Maximiliano, él dijo que llegaría una chica de intercambio clínico con diagnóstico de Estado de Fuga y que usted la atendería. Debemos ayudarlos a volver señor.

Le hemos acondicionado una oficina en el sector A-10, tiene su nombre en la puerta.

No me dio tiempo de replicar y volvimos a entrar.

— ¿Me acompaña por favor? —Le pedí amablemente a la muchacha y nos dirigimos al sector donde estaba mi nueva oficina.

Conversamos un par de cosas y la acompañé hasta la recepción donde le

asignaron un dormitorio y fijamos una primera cita para el día siguiente a primera hora.

Cuando volví para instalarme me encontré con que Maximiliano estaba ahí, esperándome.

—Sr. Martin, no quiero interrumpirlo —me dijo—. Solo quería agradecerle por lo que está haciendo, por ayudarme a mí y a mis padres a volver a donde pertenecemos.

— ¿Te puedo hacer una pregunta? —Le dije.

—Sí, claro —respondió.

— ¿Qué va a pasar una vez que ustedes se vayan? ¿Qué va a pasar con esta realidad sin ustedes?

—No lo sé —contestó sorprendido—, pero lo más probable es que la vida siga igual a como era antes. Usted en su consulta, la doctora en la clínica, el doctor Stolichnov en España.

No rebatí lo que me dijo y respondí con silencio.

— ¿Puedes contarme algo? —Le pedí.

—Lo que quiera —me dijo.

— ¿Cómo son los mundos a los que has viajado? ¿Cuáles son las diferencias más notables?

—Es difícil de decir señor, todos tienen cosas similares y distintas a la vez. No hay mucho que pueda decir, la ropa quizás cambia, la tecnología, pero cuesta notarlo al principio.

—Ok —dije—, no le quise insistir.

—Pero no se preocupe —replicó—. Una vez esto se acabe, con suerte estos serán recuerdos. Ya estamos completos, todo acabará muy pronto.

Emilia se acomodó en el cuarto que le asignaron y llamó por teléfono a Laura. Le contó que las condiciones en las que estaba eran buenas, mejores de lo que le habían prometido. Estaba contenta, sentía en el corazón que todo iba a ser para mejor.

— ¿Cuánto durará el tratamiento? —Preguntó Laura.

—No lo sé —respondió Emilia—, a penas y he llegado.

— ¿Y cómo es el lugar? ¿Qué tal el doctor?

—Es muy simpático, además habla español, así que no he tenido mucho problema con el inglés. El lugar es enorme, es una universidad que tiene una clínica para la comunidad dentro de ella. Me han dejado en un cuarto súper amplio, con televisión por cable y hasta tiene baño privado.

— ¿Será que podré visitarte?

—No lo sé, yo espero que sí.

Una vez terminaron de conversar, Emilia se dio un baño y salió a recorrer los alrededores. Quería ambientarse y empaparse de tan hermosa ciudad.

Al día siguiente yo la esperaba en mi oficina a las nueve de la mañana y ella no pudo ser más puntual. Comenzó contándome desde el principio, le pedí que lo hiciera con el mayor detalle posible y así lo hizo. Estaba entregada completamente al tratamiento, tenía fe en que todo iría bien. Sin saber por qué esto me provocó sentirme mal, de alguna manera sentí que la estaba engañando.

Ese mismo día Vladimir se reunió con Ricardo y conversaron de las cosas que le estaban ocurriendo. Ricardo al fin creyó haber encontrado alguien en quien confiar. Le contó con lujo de detalle cada episodio ocurrido desde aquel domingo 21 de agosto.

Para Maximiliano el círculo ya se estaba cerrando.

Una semana estuvimos en esa dinámica, yo atendía a Emilia y Vladimir a Ricardo, siempre sin juntarnos, sin compartirnos nada. Pero el viernes 25 de noviembre las cosas cambiaron. Ese día ejecutaríamos nuestra jugada, orquestados por Maximiliano, la que supuestamente llevaría a ellos tres a su universo de origen y repararía la fractura que había dejado un temblor de tiempo.

Le pedía a Emilia que saliéramos, le dije que le mostraría un lugar que ayudaría con el tratamiento, ella aceptó inmediatamente. Vladimir hizo lo mismo con Ricardo, ambos confiaban tanto en cada uno de nosotros que ni siquiera se lo cuestionaron. El lugar escogido fue una pequeña colina en el Greenwich Park.

Llegamos con Emilia y le pedí que cubriera sus ojos con un antifaz que yo le entregué, le explique que la idea era conectarse con la naturaleza e intentar recordar episodios de esa vida que había cambiado el 21 de agosto. Vladimir hizo lo mismo con Ricardo a unos cuantos metros más allá. Una vez los tuvimos envueltos en este sueño de lo que era y ya no es nos acercamos, quedando justo en el centro de la colina, entre dos grandes árboles. En ese momento apareció Maximiliano y la Dra. Smith.

Nadie dijo nada, un silencio absoluto inundó el lugar, ni siquiera el viento sopló en ese momento.

Maximiliano tenía en sus manos el libro con la inscripción "RME" en la tapa. Todos cerraron los ojos, tal como se había planeado. Abrió el libro y sacó de dentro la esfera negra y la puso en el suelo en el centro. Una extraña energía se dio, una extraña sensación de humedad nos envolvió. En ese momento recordé las palabras del hombre en aquel mundo diferente al que había viajado; *"Si haces lo que Maximiliano les ha pedido, todo lo que conoces desaparecerá"*.

Abrí los ojos, una gran nube negra se comenzaba a desplegar sobre nosotros, todos permanecían con sus ojos cerrados, entregados a lo que sucedía. En un acto instintivo tomé la esfera negra con mis manos y corrí en dirección desconocida. Una extraña sensación de sequedad se apoderó de mi cuerpo, era una sensación como si me vaciaran las venas y ya no tuviera sangre fluyendo dentro de mí.

Un fuerte dolor en el pecho me hizo caer, pero no sentí el encuentro con el suelo. No podía ver mis manos, no podía ver mis pies, no había nada a mí alrededor.

Millones de círculos destellantes se desplegaron frente a mí y todo se volvió oscuro.

Julio

Desperté con un fuerte dolor de cabeza, una intensa luz en el techo iluminaba exageradamente la habitación. ¿Cuánto tiempo habré estado inconsciente? No lo sé, solo sentía un adormecimiento en mi brazo derecho, casi no podía moverlo. Me costó abrir los ojos, mis párpados estaban cansados y la luz tampoco ayudaba mucho. Intenté sentarme en la cama, lentamente me esforcé hasta que lo logré, respiré profundo y abrí los ojos, ayudándome con la mano izquierda a tapar la radiante luz.

Me encontraba en un lugar distinto, las paredes estaban acolchadas y la cama en la que yacía estaba pegada al muro, de manera tal que parecía una protuberancia de esta. No había ventanas y el piso era de un material que no conocía, blanco y muy resistente, pero a la vez suave y blando. Había una puerta que no tenía cerrojo, al menos por dentro, solo una pequeña ventanilla en la parte superior cubierta de vidrio blindado.

No tuve fuerzas para levantarme de la cama, me sentía exhausto, como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico. Miré mis brazos y estaban llenos de marcas de aguja, como los de los adictos a la heroína, un parche aún conservaba pegado en el brazo derecho. Tenía la garganta seca, la saliva se me hacía espuma bajo la lengua y no la podía tragar.

No supe cuanto tiempo estuve sentado así, tapando la luz con la mano izquierda para que no me diera en los ojos. De pronto sentí que se abría la puerta, pude oír claramente el girar de la llave al otro costado. Una señorita con un pequeño carro lleno de cosas entró en el cuarto, llevaba un delantal blanco y una cofia en la cabeza. No pude distinguir mucho su rostro, pero en la escarapela de su delantal decía Enfermera Emilia Prado.

— ¿Cómo está Sr. Martin? —Me preguntó, mientras ponía en mi brazo el aparato para tomar la presión.

— ¿Dónde estoy? —Le pregunté yo. Me dio una mirada consoladora y dijo.

—Tranquilo, ya va a estar bien. Solo fue una crisis.

Terminó de tomarme la presión y sacó dos pastillas de un frasco, echó agua en un vaso y me lo ofreció en la boca.

—Tómese esto —me dijo, metiendo las pastillas entre mis labios secos—, verá que pronto se siente mejor.

Tomé las pastillas y ella anotó un par de cosas en una hoja, ordenó los elementos que tenía sobre el carro y me dijo.

—Vuelvo en seguida para llevarlo a tomar un poco de aire fresco.

Salió del cuarto y yo me quedé sentado en esa cama, sin fuerzas para levantarme, sin fuerzas siquiera para preguntarme donde estaba.

Al cabo de unos minutos llegó con una silla de ruedas y me ayudó a sentarme en ella. Me sacó de la habitación y me llevó a una sala con grandes ventanas, donde podía ver la luz del sol. Había árboles en el patio y amplios jardines. Había otros ancianos en esa sala, algunos conversaban entre ellos, otros miraban la televisión.

Me dejó junto a una mesa donde dos hombres jugaban ajedrez y se fue. Los hombres no pronunciaban palabra alguna y movían cuidadosamente cada pieza para no dejarse perder. Extrañamente me sentí seguro en ese lugar. Moví la silla hacia el otro extremo de la sala y me puse frente a la ventana, observé tranquilamente durante un largo rato dos pájaros que cantaban, uno en un árbol y el otro en el césped. Parecían conversar a la distancia, diciéndose quizás qué cosas.

— ¿Cómo se siente Sr. Martin? —Me preguntaron desde atrás.

—Bien —contesté sin darme vuelta.

— ¿Le molesta si le hago unas preguntas? —Me dijo, acercándoseme.

—Todas las que quiera —volví a contestar.

El hombre se paró a unos metros de mí y miró a los pájaros que jugaban en el patio, hizo una pequeña pausa y continuó.

— ¿Puede decirme qué día es hoy?

—No —dije, moviendo la cabeza.

— ¿Puede decirme dónde estamos? ¿Quién soy yo?

Lo miré a los ojos y supo que no podía contestarle esas preguntas. Se acercó despacio y se hincó frente a mí. Me tomó la mano y dijo.

—Yo soy el Dr. Ricardo Jackson, su siquiatra. Nos conocemos hace mucho tiempo, pero no se preocupe, no le pediré que recuerde eso ahora —no hice gesto alguno con mi rostro, pero una angustia tremenda me invadió e hizo llenar mis ojos de lágrimas—. Su hijo Maximiliano ha venido a verlo, lo haré pasar para que conversen tranquilos, ¿está bien?

Lo miré a los ojos y asentí con la cabeza.

— ¿Cómo te va papá? —Dijo Maximiliano. Yo no emití palabra alguna.

— ¿Has estado bien? —Pronunció con una voz muy delicada, mientras me acariciaba la cabeza.

Se acercó, poniéndose de cuclillas frente a mí y una lágrima se me escapó, deslizándose por mi mejilla derecha.

— ¡Tranquilo viejo! —Me dijo—. Te he traído un regalo —abrió un bolso que llevaba y sacó un libro grande de dentro—. Tu favorito —me lo puso en las manos. En la tapa tenía la inscripción “RME”.

-
- [1] Pronunciación romanizada: *Priviet (Hola).*
- [2] Pronunciación romanizada: *Kak Diela? (¿Cómo estás?).*
- [3] Pronunciación romanizada: *¿Gdye Moya mama? ¿Pochemu ya zdes'?* (¿Dónde está mi mamá? ¿Por qué estoy aquí?)
- [4] Pronunciación romanizada: *¿Vy govorite Rossii? (¿hablas ruso?)*
- [5] Pronunciación romanizada: *Vy teper' ponimayete? (¿Me entiendes ahora?)*
- [6] Pronunciación romanizada: *Da (Sí).*
- [7] Pronunciación romanizada: *Pochemu vse govoryat tak sil'no otlichayutsya? (¿Por qué todos hablan diferente?).*
- [8] *Buenas noches*
- [9] *Sí, pero no me llame doctor.*
- [10] *Lo siento. No hablo ese idioma.*
- [11] *Está bien, lo siento mucho. No quiero almorzar; solo estoy tomando un descanso. Necesito un taxi.*
- [12] *Está bien, pero debe almorzar, después conseguirá su taxi.*
- [13] *¿Qué es esto?*
- [14] *Shepherd's Pie, nuestra especialidad.*
- [15] *Disfrútelo*
- [16] *No se preocupe señor. Es un placer para nosotros.*
- [17] *No, no, Yo quiero pagarle.*

[18] *Señor, su taxi está esperando. Por favor, acompáñeme.*

[19] *Gracias por venir.*